



# Armando Rojas Guardia

## ANTOLOGÍA POÉTICA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

**Armando Rojas Guardia** Poeta, místico, ensayista y docente nacido en Caracas en 1949. Formó parte del taller Calicanto de Antonia Palacios y del grupo Tráfico. Como facilitador de talleres de ensayo y poesía formó a un importante número de escritoras y escritores de distintas generaciones y diversas tendencias. Fue Miembro de la Academia Venezolana de la Lengua y Premio Conac de Poesía. De su extensa obra poética y ensayística destacan: *Del mismo amor ardiendo* (1979), *Yo que supe de la vieja herida y El Dios de la intemperie* (1985), *La nada vigilante y El principio de incertidumbre* (1994), *Mapa del desalojo* (2014) y *Pequeña serenata amorosa* (2019).

« Collage a partir de retratos del autor. 2022.  
Elaborado por Arturo Cazal.



**Antología poética**

ARMANDO ROJAS GUARDIA



## **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

---

### **EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO**

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

**LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



**Nicolás Maduro Moros**  
**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz**

**Freddy Náñez Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla Pérez**



# Antología poética

ARMANDO ROJAS GUARDIA





## Índice

- 15 Advertencia del autor a la edición de *El perro y la rana*  
17 Prólogo  
    por *Miguel Marquez*
- 23 DEL MISMO AMOR ARDIENDO (1967-1975)**
- 25 Domingo  
26 Vísperas  
28 Ha caído el sol  
30 Aves  
31 Tú  
33 Simulacro  
34 El diseño  
35 Noche de condena  
36 Lucas 24,14  
38 Causa perdida  
39 La palabra y yo  
41 Línea quebrada  
42 El otro tiempo  
43 Poema de la llegada  
46 Falta de mérito  
47 Poesía  
48 Sin uso  
49 Casi salmo

52 Sospecha

53 Juan 21, 5

**55 YO QUE SUPE DE LA VIEJA HERIDA (1985)**

57 Boceto

58 Casi arte poética

61 Sí, Visconti

63 Madrugada

64 La obscenidad de la memoria

65 Poema

66 Yo que supe de la vieja herida

68 Beato de ti

70 Valió la pena constatarlo

71 Oficio secreto

72 Postales de Solentiname

**77 POEMAS DE QUEBRADA DE LA VIRGEN (1985)**

79 1

81 4

82 8

83 9

84 10

86 11

87 13

88 14

90 15

91 16

93 17

94 18

- 96 19  
98 21  
99 22  
100 24  
101 25  
103 26  
105 27  
108 28  
110 30

### **113 HACIA LA NOCHE VIVA (1985-1988)**

- 115 Siesta del ser  
116 Llueve afuera  
117 Duermes  
119 Esta noche huele a Samarkanda  
120 Este brandy nocturno  
121 Fondo negro  
122 Plegaria matutina  
123 Cumplimiento  
124 Coda  
126 El hallazgo  
128 A mi cuerpo  
129 Intentaba mi oración  
131 Páramo  
132 Persecución de la poesía  
134 Jarrón con flores  
135 La cuarta dimensión  
136 Spiritual  
138 Tríptico de una ascética

- 140 Minutero
- 142 Donde se habla de la luz, la belleza
- 145 Dies natalis

**147 EL DIOS DE LA INTEMPERIE (1985)**

**153 LA NADA VIGILANTE (1994)**

- 155 I
- 156 V
- 158 VI
- 159 VII
- 160 VIII
- 161 XIV
- 162 XV

**163 EL ESPLendor Y LA ESPERA (2000)**

- 165 Mística del árbol
- 167 El excluido
- 169 Espera
- 171 Escucho a John Coltrane
- 173 Dios es pequeño

**175 LA DESNUDEZ DEL LOCO (2004)**

- 177 La desnudez del loco

## Advertencia del autor a la edición de *El perro y la rana*

---

En 1992 Monte Ávila publicó una antología de mi poesía, la escrita desde mi primer libro *Del mismo amor ardiendo* (1979) hasta la contenida en *Hacia la noche viva* (1989). Asimismo, se incluyó el último fragmento de mi volumen de ensayos, *El dios de la intemperie* (1985), porque el antologista consideró que su prosa lírica era un ejemplo adicional y pertinente de mi trabajo poético. La selección y el prólogo estuvieron a cargo de Miguel Márquez.

Puede decirse que esa antología ha conocido una excelente fortuna, no solamente porque son muchos los lectores que a través de ella se han aproximado a mi trabajo poético, sino también porque el prólogo de Miguel esclarece de manera magistral las implicaciones conceptuales que se derivan de dicho trabajo. Recuerdo que, a mediados de los años noventa, Guillermo Sucre me ponderaba, en una carta personal, “la inteligencia y amistad” de Miguel a la hora de realizar aquella selección antológica y escribir las páginas introductorias a la misma.

Todo ello justifica que la base de esta otra muestra de mi poesía que hoy publica la editorial El perro y la rana sea la antología editada por Monte Ávila en 1992. Sólo se han añadido esta vez, algunos poemas correspondientes a dos libros aparecidos con posteridad a *Hacia la noche viva*. Ellos son: *La nada vigilante*, de 1994, y *El esplendor y la espera*, de 2000. Además, con el objetivo de hacerla más representativa, se ha agregado a la presente muestra un largo poema prácticamente inédito, escrito en 2004, titulado “La desnudez del loco”. El asertivo y ya famoso prólogo de Miguel Márquez permanece intacto.



## Prólogo

Con la escritura cada quien tiene su propia historia, y acaso la más certera biografía de un poeta sea aquella que relate su manera específica de relacionarse con las palabras. En últimas, éstas son las fibras auténticas que le otorgan cuerpo. Por eso, quien habla de literatura siempre está hablando de alguien. En este caso es aún más cierto, pues sólo en muy pocos casos, como en éste de Armando Rojas Guardia, poesía y vida logran, lectura anacrónica ésta de por medio, convertirse en sinónimos.

A las señales de un rostro que se ha asomado a mirar más allá de lo posible, le corresponden versos como cicatrices; al paso entusiasta y presuroso, la electricidad súbita del poema; a la expresión del rostro tocado por la gracia y la desgracia de la lucidez, una oración profunda que lo reconcilia con la vida pese a la constancia infernal del vacío; a la gruesa modorra que lo hunde en los pantanos de la psique, los pesados silencios donde la lectura ahoga; a su impecable desarreglo personal, tan libérrimo, una musicalidad de honda y trashumante madrugada; a la mesa limpia y solidaria de su existencia, el endecasílabo perfecto del amor, su único tema. Pero a la manera del árbol que se ramifica en secreto y va probando los distintos tonos de la luz que caen como cantos de agua sobre las hojas, ese único tema conocerá sucesivas variaciones, con marchas y contramarchas, con bendiciones y blasfemias. En el corazón de estas páginas brillan las contradicciones, y sin amputar su alma, Rojas Guardia se mantiene pensando y escribiendo entre las contradicciones que lo acechan. De allí su inmensa capacidad de interlocución, de hablar sus textos con gente tan distinta.

En los poemas de esta antología, se pueden percibir dos vertientes en el trato con las palabras que dan cuenta de una tensión fecunda: de un lado, un decir suntuoso, enamorado de las imantaciones verbales (como él me dijera en una oportunidad: “Creo que lo que me ha caracterizado siempre en mi relación con la poesía, es un amor apasionado por la palabra. Mi familia materna es un grupo donde la elocuencia cuenta muchísimo. Eso me permeó de tal manera, que todo lo que tuviera que ver con la realización verbal –el explayarse verbalmente frente a acontecimientos, personas y cosas– me estremecía de una manera particular. Ya siendo adulto, este amor por la palabra es mucho más tamizado y tranquilo, pero sigo sintiendo la misma vibración emocional ante ella...”), enamorado también de la orfebrería verbal española y que en América tiene en Lezama Lima un santo y seña. De otro lado, el verso ascético, que impugna al esplendor, a la belleza, y que hace del susurro de la oración vía regia de la experiencia poética. Desde su primer libro esta tensión se resuelve como conciencia crítica: de los riesgos del arte en tanto impostación, como inflación del yo, y también, de la imposible transparencia del verbo.

En *Del mismo amor ardiendo*, su primer libro, hay una cercanía a la metafísica del silencio que lo aproxima notablemente a la poesía de Rafael Cadenas (quien afirma: “La palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué”); lo acerca al Cadenas de la espiritualidad en conflicto con la literatura, por la intromisión, en el paisaje trascendente e inoculado de lo real, de elaboraciones mentales –las palabras– que, en lugar de unir, distancian a quien escribe de la experiencia existencial profunda. Frutos de la inteligencia, pues, los poemas no son más que artificio y figuración mundana, *high society*. A una poesía semejante que busca y se permite solamente verdades aterradoras, le queda someter la vanidad irreductible del poema a un sistemático despojo, al trazo apenas de una anotación; de donde surge un musitar que hace una crítica implacable del lenguaje y del mundo.

Armando Rojas Guardias, luego de este libro inicial, se aleja de esta visión (así se expresaba de la poesía: “Hecha de costras, / de imágenes náufragas, / convexas/, refractarias como un vidrio ciego./ Hecha sólo de bruma y polvareda. / Opaca vanidad, interponiéndose.) por la negación que entraña con respecto al quehacer de los hombres, a la historia, y ensambla una lectura –una escritura– donde su cristianismo poco convencional –en cuya base reposa una antropología del Tú, de la alteridad esencial que nos define en tanto hombres–, donde su experiencia en Solentiname junto a Ernesto Cardenal –cuando profundiza en la lectura de la poesía exteriorista y norteamericana– y la revisión que adelanta de la poesía venezolana, fijan la línea de una estética donde ingresarán por los caminos verdes de la poesía dominante de los ochenta en el país –abstracta, mágica, impersonal, surrealista, pura o metafísica– gentilicios, nombres propios, giros coloquiales, dicciones conversacionales, la desenfadada e impúdica primera persona del singular y la metáfora entusiasta de la calle. *Yo que supe de la vieja herida* es el testimonio de esa ruptura.

Si “del mismo / amor ardiendo” son dos versos de San Juan de la Cruz que hablan de la fusión incandescente de la mística, en este segundo volumen lo hirviente del amor es el despecho, la vieja herida humeante por donde el orgullo vocifera. La dinámica erótica, no sin estridencia, se explicita homosexual. Y el Tú, ahístico antes, se convierte en concreta apelación de conciencia, en sujeto social. Eran los tiempos del “Grupo Tráfico”, de la asociación de poetas en torno a un proyecto común, que además de la salida del formalismo de los talleres literarios, y de pensar en el registro poético heredado, buscaba crear un puente, herético para aquel entonces, hacia el país perdido. El manifiesto del grupo, casi en su totalidad escrito por Rojas Guardia, recoge la efervescencia de la hora y *Yo que supe de la vieja herida* es el texto que señala el desafío del poeta por alcanzar otra manera de nombrar, de hacerse otro ABCdario. Quizá por ello es un libro tan significativo como irregular.

*Poemas de Quebrada de la Virgen* es un regreso a la fuente religiosa de su primer libro. La voluntad historicista, intencional y desacralizadora (afincada en el deseo de abrir otros horizontes a la poesía, al orbe testimonial del ser urbano) que recorre las páginas de *Yo que supe...*, cede el paso a una voz más integrada y espontánea, más libre. Ya la etapa del manifiesto ha quedado atrás y no existe la necesidad de comprobar algo. El sentimiento religioso encuentra en una casa de retiro (Quebrada de la Virgen) su aposento, y paradójicamente desde allí, fuera de la urbe, en la montaña, alcanza el tono de una subjetividad inevitablemente de su época. (Aquí es posible encontrar a lo sagrado entre los automóviles.) Es un libro casi siempre luminoso, donde en lugar del tormento de la duda, está la dicha de quien descubre en el transcurrir del agua, en la rima de los días, la sílaba última que lo confirma en la creencia. El lenguaje se encrespa de gusto al enunciar, incluso se enjoya, y otras veces apela a la modesta, auténtica y ritual vida del convento para referirse a esa verdad de padre que debería tener el poema:

*Aquí, en esta casa,  
donde cada palabra, cada gesto  
son sólo los dóciles ecos de la luz  
inmaculada,  
inapelablemente última, añoro para ella  
(la chácara mujeril de la poesía  
con sus técnicos chismes de ocasión  
tan fotogénicos –whisky en mano–  
sobre la página social  
de algún Suplemento Literario),  
le añoro, digo, algo de la casta  
doncellez de la madera  
recibiendo*

*la frugalidad silenciosa de una cena,  
de la última cena.*

*Hacia la noche viva* es una continuación extrema, radical, del libro anterior. Se intensifica en la vía mística, se oscurece el sentido y la imagen de la catedral -ya no el templo liviano, casi transparente de *Poemas de Quebrada de la Virgen-* se impone en la lectura tal vez a causa de la elaboradísima construcción del poema. Este es un libro donde el orden duele, donde la forma, el rigor escritural, es un trabajo silenciosamente desesperado, un trabajo del alma que intenta sobrevivir en el “vacío sin polvo”.

Quizá sea este el libro más difícil de Rojas Guardia, menos accesible a la comprensión. La experiencia que allí se relata sólo podemos intuir-la, atisbarla, desde el abandono sistemático -del color, de la voz, del atributo-, desde el grado cero de la conciencia. Experiencia límite y autodestructiva: se trata de llegar al lugar que no tiene sitio; del envés, nunca del centro; de la conciencia que intenta ir más allá de sí misma, de franquear el velo que la sostiene. Una lucidez mineralizada hace del páramo una geografía rocosa de blancura ciega y cegadora, y del excremento un símbolo de la materia residual, sobrante, que somos. Voces del exilio y cuerpos de la intemperie, las palabras se asilencian en esa catedral, en este hueco.

\*\*\*

Ojalá que este breve recorrido por las páginas de una obra poética que releo cada vez con mayor placer, cumpla su objetivo: incitar al lector a que se acerque a esa voz entrañable, plena de humanidad resonante y obsequiosa; a la voz de este maestro del idioma y hermano mío, por fortuna, que me ha deparado, en no pocas ocasiones, “la brusca sensación de ser diáfanaamente feliz”.

MIGUEL MÁRQUEZ



**Del mismo amor ardiendo**

**(1967-1975)**



**Domingo**

Cuánta vida  
dulce  
el cielo el mar el puerto  
las gaviotas  
luz  
en el asfalto a trechos una sombra  
fresca

País sonoro  
la mujer que pasa caminando  
el aire el ritmo  
calle plomo y sol todo caliente  
trepando la colina sobre casas  
blanquísimas y cielo puro cielo  
que quema que arde que se pierde  
y luego baja:

mar

Costaba arrancarnos la plata pegadiza del océano, el temblor flácido del agua y las plumas brillantes hundidas y calientes

Sol

y voces frescas, frutos tibios:  
todo en vasto azul, maduro y esplendente,  
como espalda de cielo a mediodía.

## Vísperas

*a Carlos Pacheco*

Qué silencio  
cuando madura el día  
allá entre los montes  
crepitando

Siento entonces tu olor  
y vengo junto a Ti, que suenas  
como una melodía,  
y hablas y es brillante tu voz  
sobre el cansancio, sobre el sol  
que se pudre entre la hierba,  
y sobre tanto amor trabajo juego  
que terminan

Qué alegría  
cuando llego  
y te doy el agua fresca  
de todas mis húmedas vasijas  
y te miro beberla —¡con qué gusto! —  
y saborearla

Suelto las grandes palabras  
las de oros magníficos  
las palabras oídas a los hombres solemnes  
en el círculo rojo de la gran ceremonia.

Yo las dejo salir,  
perderse sobre el césped

A Ti, lo más liviano de la carga  
los pasos de las aves, los dedos  
verdes de la hierba, las palabras  
que pueden penetrar lo más humilde  
y lo más ínfimo  
Y río, y llegamos a una tierra abrasadora  
Me toca un Tenso Verano  
De pronto Tú empiezas a hablar  
en el ardor interminable  
de los astros.

## Ha caído el sol

Ha caído el sol,  
el sol sobre los montes,  
redondo y grande, como un plato de oro  
Y sobre las calles

y sobre tanta hierba  
ahora toda gritando  
hierba bulliciosa que deslumbra

de sol entre las piedras,  
resbalando por los techos como aceite  
¿Sientes  
el olor tan fuerte a tanto azul quemado  
tanto verde las rosas y los árboles  
ardiendo?

Y el cielo  
tan cerca  
y las nubes con fiebre sudando  
pegadas quietas sin moverse  
Las ventanas  
abiertas a la tarde que ya salta  
da vueltas como un trompo anaranjado

Mira:  
el cielo tan vacío, y más allá  
viene un licor oscuro,  
un pueblito caminando por el cielo  
a habitar tan grande soledad  
porque el sol se cayó entre los montes.

## Aves

Me pregunto  
qué ron dulce las embriaga.  
Quizá la luz  
cuando enronquece  
y empapa de quejas el límite del día.  
Acaso el viento mismo  
quien como ola de cansada espuma  
las impulsa a partir hacia el intenso Oeste  
donde muestra el día sus llagas  
tumefactas

Estalla su plumaje en oro caliente  
y derramado.  
Y el cielo ha quedado entre sus alas  
como una mancha viva.  
Ah, mira cómo se enredan entre los suaves hilos  
del aire que se enciende.  
Deja su vuelo un sabor tropical de fruta roja.

¿Las veremos, de nuevo, como ahora?  
Tal vez alguna de estas tibias tardes  
en silencio.  
O entre las grandes amapolas  
que trae la Alegría.

**Tú***I*

Tú y yo  
volvamos,  
desandemos lo ansiosa  
y tristemente caminando  
Volvamos, sí,  
hacia la hora  
en que subía un olor  
de cosa nueva  
hasta nosotros

Vengamos otra vez,  
digamos las palabras  
que hacían sonar  
las cosas a tu lado

Ayúdame a quitar  
tanta voz inútil,  
tanto gesto ocioso  
que te ocultan

*II*

Yo sé que Tú  
vibras aquí  
entre las onda  
como un presentimiento,

que brillas  
vivamente  
en el ardor  
matutino  
del mar calmo.

Yo sé que Tú  
cantas en todas  
esas olas.

Pero no  
importa.  
Quiero escucharte  
hoy  
en el silencio  
quieto  
de la casa  
profunda.  
Sin luces de mar  
roto en las rocas,  
sin un solo  
movimiento  
de las cosas.  
Sólo Tú  
exacto  
en la penumbra.

**Simulacro**

Para flotar yo hablo y gesticulo

Falsa maniobra que me salva  
del hundimiento cabal, definitivo.

Coso la oquedad entre los gestos,  
entrecreuzo palabras sobre el fondo  
(movimiento plural, ramificado,  
disfrazando de adjetivos a lo informe).

Estructura del vacío esta osamenta  
¿pues cómo otorgar peso al agujero?

## El diseño

Tiene que haber  
un mapa,  
la estructura,  
aquella quieta forma  
flotante en el vacío,  
los arcos invisibles,  
columnas camufladas,  
las líneas presentidas  
de un diseño.

Tiene que haber  
alguna geometría por debajo.  
Quizá un círculo,  
quizá un cuadro tácito  
o una red de hexágonos iguales.

Quiero decir, dibujos  
que sea posible ver  
sobre lo blanco.  
Quiero decir, figuras  
cuyos límites,  
fronteras  
o finales,  
no se puedan *traspasar*  
impunemente.

## Noche de condena

La lámpara custodia desde el techo.  
Rotonda de la luz, mi cuarto quema.  
El acecho es total, ¿pues quién escapa  
a los ojos secretos de los muebles?  
Bajo el lúcido foco del insomnio  
se revelan inútiles las drogas:  
en la mesa —hacinados y risibles—  
tres montones de libros enmudecen.  
Después están los ruidos perceptibles  
del castillo en que yazgo como reo:  
el roce minucioso de mi lápiz,  
la madera crujiente, desgonzada,  
los zumbidos del sueño inaccesible,  
este cuerpo aherrojado que respira.  
No hay salida posible, la mazmorra  
tiene siempre mis mismas proporciones:  
la sentencia es idéntica a la culpa.  
Distingo muchedumbres allá fuera  
pero, en plena conciencia arrinconado,  
hasta el aire de encierro me vigila.

## **Lucas 24,14**

*a Coral Delgado*

El sepulcro está allí  
con el muerto reciente:  
retorno a mi lugar,  
a la costumbre,  
me vuelvo a aquella tierra  
y a aquel cielo,  
al patio aquel  
donde me aguarda, no la paz,  
mas sí el reposo.

Fue  
una bárbara alegría,  
obcecada, violenta, como esas  
ilusiones que solo la pasión  
engendra:  
espejismo total  
donde giraba el asombro  
y la dicha cotidianos.  
Entusiasmo inocente pero torpe  
aventando imágenes de vértigo,  
enloqueciendo, hábitos  
acreciendo, delante de nosotros,  
los abismos,  
dejándonos a merced de las quimeras  
y la fiebre,  
de las mil

visiones ígneas  
que soñaban  
las palabras, las palabras, las palabras.

Regresaré por fin a la precaria  
claridad,  
al azar  
matemático del mundo:  
conciencia de ases fijos,  
lucidez.

La paz, no.  
Mas sí el reposo.

## Causa perdida

*a Abraham Pulido*

Coloqué un vaso de agua en el asfalto.  
Metí un cabello de mujer entre las hojas del periódico de hoy.  
Traje un ciempiés a caminar sobre el archivo.  
Escribí la letra i sobre un papel timbrado.  
Le puse a ayer el nombre de mi amiga en vez de jueves.  
Dejé un durazno sobre el radiador de un automóvil.  
Rompí el espejo para ver al sol multiplicarse.  
Jugué con un grano de arroz en la oficina.  
Regalé una cucharita a mi vecino.  
  
Y no dio resultado el saboteo.

## La palabra y yo

Debería ser  
no digo ya mi esposa fiel,  
pero sí mi amante,  
por lo menos;

sin embargo,  
lo confieso —es hora  
de que se sepan  
estas irregulares relaciones  
para evitar un escándalo  
más tarde—  
es imposible conquistarla,

me traiciona:

se va por temporadas,  
luego vuelve  
cuando quiere,  
no cuando la llamo,  
cuando le grito la busco  
o le hago señas;

la sorprendo con otros  
cuando la creía más mía  
y lo peor es  
que a veces  
luce mejor con ellos  
que conmigo;

en ocasiones la maltrato,  
la castigo la golpeo  
para que me deje poseerla  
o si no  
me maltrato yo mismo  
en su presencia,  
me someto a su autocastigo,  
a disciplina,  
para ver si se commueve  
pero nada;

a ciertas horas como ésta  
es casi fácil seducirla  
y es muy intenso el goce,  
la redondez brillante  
del abrazo;

también es fácil perdonarla  
entonces  
por la vida que me hace llevar  
al lado suyo:

pero no tardará en irse  
de nuevo,  
la conozco.

## Línea quebrada

*a M.*

Hay una línea quebrada  
entre este inútil poema  
donde convoco a tu imagen  
y la caricia que tiembla  
sin letras sobre tu cara,  
o entre el nombre forcejeado  
para meterte en el verso  
y el silencio que te deja  
desnuda para mi gozo.  
Porque escribiendo desdigo  
lo que prorrumpe callando:  
hay un sonido del acto  
huyendo de la palabra.

## El otro tiempo

Detrás, siempre detrás, y de repente,  
hay un oro puntual, una hora exacta  
derrochando esplendor entre las rejas  
de este impreciso funeral de instantes.  
La Opulenta Quietud, bajo los pasos,  
me convoca a una cita que aguardaba  
sin saberlo siquiera, desde siempre.

Bajo el ritmo tenaz fluye la calma  
de la que fuimos hechos, gota a gota,  
el agua aquella a donde volveremos.  
La carne de otro tiempo se despierta  
en mi piel más profunda, bautizada  
de un minuto fugaz que permanece.  
Majestuosa y central, ¿qué pausa sube  
a desplegar su espacio oxigenado  
como vela en el mar, sobre los días?

## Poema de la llegada

Cuando tú vienes  
 tengo prisa por decir,  
 por llamarte de algún modo,  
 por nombrarme  
 a mí también  
 para al fin reconocerme  
 en tu presencia  
 me abalanzo precipito  
 sacudo la quietud  
 mancho lo limpio  
 todo es tan vacío tan gota  
 inaprehensible,  
 tan exactamente nada,  
 tan silencio.

Cuando tú vienes  
abro ensancho acojo,  
me dilato,  
no sé decir sino que abro,  
inútiles clausuras.  
Tú en el canto,  
tú el silbo el suave el que no pesas  
vuelves hilos levísimos  
mis nudos,  
me desatas.

Cuando tú vienes  
nada dices  
y me dices.  
Nada pides.  
Qué vas a ser tú el Implacable,  
el Exterminador, el Enemigo.  
Nada pides,  
eres.

Sólo oigo cómo eres,  
sólo oigo cómo soy  
y quiero  
ser  
así eso que escucho  
me abandono.

Cuando tú vienes  
hay  
una exacta coincidencia,  
te miro en lo profundo  
de aquello que deseo,  
qué mentira,

qué imposible,  
qué estúpido  
querer lo que no quieras  
querer lo que no quiero.  
Y entonces  
ya no es sino la paz,  
la precisa ubicación  
el ser  
escueto.

Cuando tú vienes  
no has venido,  
estás ya desde siempre.

**Falta de mérito**

Si yo fuera capaz de entrar por fin  
en esa pulcritud del aire inmóvil  
que he llamado silencio en el poema;  
si yo fuera capaz de nombrar árbol  
como esta tarde el árbol se mostraba  
a sí mismo en la quietud del parque;  
si yo fuera capaz de parecerme  
al objeto real de mi escritura  
(al agua misma cuando escribo agua,  
al vaso limpio cuando escribo vaso);  
y si fuera posible merecerte,  
cosa que ultrajo en tu mudez precisa  
al hacerte sonar en mi palabra,

Yo entraría en la luz de lo que digo.

**Poesía**

Hecha de costras  
de imágenes náufragas,  
convexas,  
refractarias como un vidrio ciego.

Hecha sólo de bruma  
Y polvareda.

Opaca vanidad, interponiéndose.

**Sin uso**

Pero hoy tengo confianza en la tarea  
de decirte precisamente esto,  
sin una sola causa  
que motive la cita intrascendente  
de los ojos y las letras:  
apenas teclearte siete líneas  
como quien pide el aire o la alegría.

## Casi salmo

De la casta de escribas, heme aquí,  
mago, monje laico,  
heme aquí  
combinando los fantasmas  
de las frases, preparando el haschich  
de las sílabas oscuras:  
puedes verme  
en esta misión donde me quedo  
hasta derramar la última letra.

Heme aquí,  
mis ojos se acostumbran:  
*una mezquita donde había una fábrica,*  
*un grupo de tamborileros formado por ángeles,*  
*caleas por los caminos del cielo,*  
*un salón en el fondo de un lago,*  
*monstruos, misterios*  
(él andaba en Londres o en Bruselas  
ahíto de revolveres y vértigos).

A la mitad del camino,  
heme aquí  
alimentado  
por estas noches blancas del poema,  
lunas ebrias y amarillas,  
cultivando verrugas misteriosas  
de las que sale un hombre  
sin abrazos,  
*pieno di sonno a quel punto*

Pero Tú,  
tú,  
di una sola, la única Palabra,  
tú que estás detrás de este alfabeto  
esmerilado,  
di esa Palabra  
capaz de engendrar y de engendrarme,  
desde tú lado dime  
tú  
(y mi alma quedará sana)

*Echado en su cuarto, en las tinieblas,  
invisible para los demás, podía contemplar  
a toda la familia*

*en torno a la mesa iluminada*

Yo, Gregorio Samsa, certifico  
que de veras  
es poco más la muerte

*Por eso a veces odio  
a esta sucia pintura  
De pronto no basta,  
es amarga la belleza,  
hay cuervos*

*en los campos de trigo de Auvers-sur-Oise,  
primer eslabón de lo terrible.*

Cruzado

por todos los metales del sol crudo  
en un autorretrato  
(¡di tú esa palabra, Téo!).

*Ven en mi auxilio  
date prisa en socorrerme,  
el albatros está ciego en el océano,  
en la sonora enorme sed  
que no puede contener este cántaro  
de frases,*

*me has agarrado, me has podido,  
Tú me sedujiste,*

Otro total  
Vacío de mí,  
el-que-está-enfrente reclamándome,  
lector: ¡*mi hermano!*!

En la víspera,  
*derriba al poderoso  
vacía al rico*  
(haz estallar mis cercas, línea a línea),  
tú, Humanidad escogida, pobre esclava  
(*Todos, vengan todos, suban todos, entren todos,  
siéntense todos:*  
*éramos pobres, pobres, pobres, pobres, pobres*),  
Stella matutina,  
*entraremos en las espléndidas ciudades,*  
juntos,  
*Ianua coelli,*  
*e quindi uscimmo a riveder le stelle.*

## Sospecha

*a Pedro Trigo*

Habría que decir  
que dicho todo  
aún está todo por ser dicho.

Ni una sola  
palabra  
ha roto el círculo.

Si el tiempo  
a sí mismo se busca  
y no  
a lo que pasa vivo  
entre las horas,  
no hay futuro,  
otra vez el circuito recomienza,  
sólo brillan  
espejos,  
la nada poblada de imágenes  
iguales,  
el ciclo  
y sus etapas:  
yo solo  
repetido  
desde el génesis.

**Juan 21, 5**

En tu palabra

la red

ahora.

Un gesto absurdo

después de todo.

Sobre el vacío

no hay esperanza.

Pero tú dices

que ahora es posible.

Nada es distinto:

el mismo lago

negro e inmóvil,

el mismo sitio,

la misma noche.

Pero tú dices

que ahora es posible.

En tu palabra

la red

se moja.



**Yo que supe de la vieja herida**

**(1985)**



**Boceto**

*...lo que os gustaría es una Obra  
Maestra.*

*De mí no la tendréis.*

MARTÍNEZ RIVAS

Si contrariamente a lo previsto  
fuera la tribu  
la que diera su sentido más puro  
a mis palabras.

Si la imagen —dejando, desde luego,  
mesa puesta, habituales contertulios—  
acogiera cicatrices,  
acudiera a las pústulas  
(demasiado decir: si las curara),  
si la metáfora, a secas,  
recibiera sin modales a la ampolla  
—a una ampolla de verás, fresca y mártir—,  
si osara salir el adjetivo  
a contar las llagas.

Si en mitad de los versos inocentes  
hospitalizaran —por fin— al dulce oído,  
al ojo y su embeleso.  
Si en mitad de los versos inocentes  
se oyera el criterio  
de la celda vecina.

## Casi arte poética

*Belleza...santa perra.*

SÁNCHEZ PELÁEZ

Disfruto el poema como un brandy  
lentísimo y soberbio sobre el labio.  
El lujo decadente de mi ánimo  
mostraría esta tarde sus estampas:  
daguerrotipos húmedos, sombríos,  
giros solemnes, como decir “desdicha”,  
azucenas de altar y hasta magnolias  
como aquella que Wilde se colocaba  
en la solapa anchísima del traje  
(Scotland Yard siguiéndole la pista  
para hacer aún más bella la tragedia).  
¿Hace falta decir que el tocadiscos  
en este instante justo, murmurando  
viejos clisés de Brahms para violines,  
me edifica una cárcel minuciosa  
donde me apresan ánades, deidades,  
lluviosas como silbo entre los álamos,  
áñforas gigantescas con petunias  
(se trata de una escena de Visconti),  
un susurro de raso en las baldosas,  
una charla con Proust en el balcón  
mientras tose él su asma en el pañuelo,  
aire opalino como aquel color  
que contemplé yo en *Como hace ya años*  
(la nota que faltaba: un viaje a Europa  
cuando mi adolescencia agonizante

lloraba en pleno tren tanta belleza).  
Y aun si en este minuto deseara  
ahuyentar de estos versos la panoplia  
de lugares comunes (¡tan sabrosos,  
tan de rancio alcanfor, tan frac guardado!),  
si quisiera escapar de la harmonía  
de estas arpas solemnes, de este nácar  
con que la tarde irónica me escribe  
una luz rubeniana, su hombro níveo,  
Su Verlaine otoñal en pleno trópico,  
si para no asustaros me enseriara  
y, como buen alumno del poema,  
os dijera (les dijera, mejor)  
ya siglo XX, idéntico a los bardos  
(los poetas, perdón) de Venezuela:

*De rodillas la tarde nos evade.  
Tan inerme a su luz está hoy la casa  
que me duelen de frágiles los muebles  
y pesa la orfandad de los jarrones.  
Convalece el perfume.*

*Las paredes  
porosas nos respiran.*

Si yo dijera así (y ya lo han visto:  
puedo ser tan moderno, yo, tan lírico,  
tan barthesiano si me lo propongo,  
tan lector de Saussure como cualquiera,  
tan sintaxis de sala de conciertos),  
si yo dijera así, les mentiría:  
barnizando de doctrina mi poema  
—semiológicamente por supuesto—  
disfrazaría tan sólo mi homenaje,

obsceno como sexo de muchacho,  
a la perra tenaz, la puta invicta,  
que me sigue los pasos y me muerde  
todos los días el alma, igual que en Como.

Y acaso sea por eso que me burlo  
de ese animal espléndido, acezante,  
de ese monstruo tallado de deseo,  
de ese tótem magnífico mirándonos  
con ojos de Cernuda en esta tarde:  
me defiendo con unos versos torpes,  
este Chopin tocado en la retreta,  
este *art nouveau* de casa de La Guaira,  
esta foto velada de Venecia  
que ensucia en la avenida un automóvil,  
esta añoranza a la que más bien quiero  
en vez de desnudarla desnudándome,  
nombrar como Andrés Mata en una plaza  
bajo los almendros de Macuto  
junto a un vals merideño en la rockola.

Me sé de memoria los epítetos  
(en algún calabozo no lejano  
con un palo le pegan a Vallejo),  
y, si convierto en ron el brandy pulcro  
de este poema donde la perra ladra,  
no lo olvido un instante, frente a frente:  
la puta me conoce, hasta en la calle,  
y esta tinta manchándome las manos  
es el rastro de sangre acusadora  
que atestigua mi crimen cotidiano  
y me expone al castigo inevitable  
de seguir cometiéndolo mañana.

**Sí, Visconti**

a Richard Lizardo

Dulce pantalla  
un tanto ajada ya, rosa de noche,  
levemente amarilla  
como la edición  
que un ansiado D'Annunzio nos firmara  
—el tormento tiene néctares lujosos  
para los que desconocíamos un nombre—  
en las butacas de este cine, al que acudimos  
hartos de autopistas y monóxido:

tu olor de esperma fúnebre  
en el que vespertino me consumo oyéndome  
temer la risa de Tadzio en la caverna  
donde la última, la negra  
flotillas de góndolas me anuncia  
que aún este fasto del deseo  
ha de cambiar (se hará canoso  
en Polonia, como todos/los turistas  
fotografián palacios en Baviera),  
pero esta vez, sí, regia  
Sicilia de los cuerpos idos,  
para que todo cambie.

(Cuando se prenden las luces, te me impones  
en mitad de mis ojos empañados

como una lección de esgrima antigua:  
descubrir en la autopista la opulencia  
y el monóxido aquel color bruñido, ópera oculta,  
que me lo haga respirar

como tú mismo, acaso,  
lo tosías en Millán, mirando el Duomo).

## Madrugada

Papeles. Libros y carpetas  
al acecho. Libretas y cuadernos, rigurosos.

Un poco más allá, las fichas  
donde el saber colecciónado  
duerme su vanidad inútil.

Indiferentes y tercas, las paredes  
delimitan el insomnio, esta vigilia  
que mide el silencio de las puertas,  
calibra la geometría del piso,  
palpa la exactitud de la ventana.

Reloj fijo. Si abro el closet  
encontraré a mi ropa tiritando. En las gavetas  
los labios del secreto se entreabren.

El espejo devuelve una anécdota boba:  
yo escribiendo estas líneas.

Sé que busco

tu olor en las palabras: es tu cuerpo  
respirando en las letras del deseo.

Pero en vano. Hoy sólo te nombra el desalojo  
y en este cuarto náufrago ejercito  
la autopsia del recuerdo.

## La obscenidad de la memoria

No dejo de asombrarme de que seas  
una costumbre de mi carne:  
esta vaga ternura que no cede,  
este clima del sexo, unas palabras  
aún ahítas de tu forma de decirlas,  
el sobresalto al pasar por ciertas calles,  
un olor demorado de la almohada  
y la lección más reciente de tus hábitos: la atención  
que ahora le presto al *rock* y la manera  
de leer, desayunando,  
la Página de Arte del periódico.  
Me resigno en silencio a esta agonía  
que te prolonga en mí cada mañana.  
No bastaba un adiós —puntual, preciso—,  
era necesario también arrepentirse  
de la obscenidad de la memoria  
cuya vergüenza irónica suplica  
la absolución de un nuevo cuerpo  
donde el olvido se reaprenda.

## Poema

Nada hay sobre esta costa  
que se sostenga impávido.  
incluso el mar

yace condenado  
con un rumor de olas despidiéndose  
que nacieron un día  
y en otro morirán, disueltas,  
cuando la tierra sea un último fragor  
bajo la indiferencia de todas las galaxias.

Si digo uva de playa,  
dulzura de almendrón a boca plena,  
tardo vuelo de alcatraz,  
resaca invicta,

nombró apenas esta carne  
de todo lo que no recibió promesa de durar  
en medio del crepúsculo.

Lo que nadie sabe es que esta tarde,  
absorto con tu olor, soy cuerpo al fin  
nítidamente transcurriendo,  
viviendo en balde y sin doctrina:

te respiro

para olvidar la eternidad  
y erguirme inútil, pleno,  
hasta una muerte que se te parezca.

Queda entonces el brindis del deseo,  
mientras el día declina.

## Yo que supe de la vieja herida

Yo que supe de la vieja herida  
cuya sangre embriaga: la saeta,  
la terquedad silente del flechazo  
traspasándome la llaga en la oficina  
o al subir el autobús, o al suspirar  
la modorra de la siesta: llaga virgen  
donde el vino de la ingle se derrama,  
y todo porque el fasto de tu vello  
y el brillo de tus lentes  
y tu aire atildado, distraído,  
insinuaban erecciones imprevistas,  
incómodos boleros del deseo,

yo que tuve, a través de este error, la inteligencia  
de entender un poco al niño ciego,  
al hijo de Ares y Afrodita  
que, importuno,  
solicita —cuando nadie espera—  
su visita tenaz, su ardua entrevista,  
y me dejé resbalar hasta el infierno  
donde no me aguardaba ya ninguna Eurídice,  
pero fue igual porque gemí —*long-play* demente—  
con la voz de Francesca en mis entrañas,  
yerto como Dante junto a las confesiones  
de mi propio deseo castigado,  
y lo mismo sentí el gran huracán, el semen álgido,  
tanta tromba sonora por mis sótanos  
porque sin ningún Virgilio tutor te imaginaba

durmiendo solitario en lecho grande,  
¡mi ciclón genital, irredimible!  
—salvo en la almohada de la noche íngrima—  
(ya ves en qué Orfeo pedestre me trocaba  
a fuerza de negarte hasta en los sueños:  
a la mañana siguiente la pasta de dientes y la ducha  
colocaban a Francesca otra vez en la oficina  
y el Hades olía a café, mero y trivial, de desayuno),  
ahora sólo entreabro la puerta del poema:

entérate del poder que convocaste  
para dilapidarlo sin orgullo,  
échale una ojeada, desde aquí,  
al adobado vino, al polvo enamorado  
cuyas magnificencias te aguardaban  
y hoy son apenas el neón enfermo de esta luz,  
el roce minucioso de mi lápiz,  
este papel mugriento donde atisbo  
una sintaxis monótona de días  
en los que iré a los cines (por supuesto, solo)  
a ver cómo se besan los amantes.

## Beato de ti

Titilaban las llamas de las velas,  
velas prendidas a un Dios inexistente  
en la penumbra olorosa del incienso.  
Había entrado buscando aquel sosiego  
que pudiera parecerse, aquella levitación  
casi galáctica,  
que fuiste capaz de soplar sobre mi cuerpo  
la otra noche, amaneciendo.

Un cortejo de estatuas —los santos de mi infancia—  
tutelaba mi devoción atea de esa hora  
(yo no pensaba en Dios, te deseaba,  
y en la iglesia vacía, mi deseo,  
blasfemaba de tanta pasión por lo imposible  
que aún erige sagrarios, quema velas,  
esculpe miradas de éxtasis y pinta  
retablos de ángeles rosados.

Yo sólo creía en ti, zarpa florida  
de una carne exactísima y concreta).

Caminando a grandes pasos, recordaba  
—allí, sobre las baldosas de las naves—  
al Baudelaire que me dibujó en la piel  
bautizada en mañanas de colegio  
gestos tibios capaces de orinar confesionarios,  
al Zarathustra en quien mis dieciocho supuraron  
su sífilis de orgullo —la más sacra, sin embargo, y regia—  
a los bares donde todo poeta de mi edad  
acudió a pedirle a Rimbaud que autografiara  
el lugar común de la desdicha  
contra las serpentinas del acto cultural,

la tenaz misa de diez,  
tanto pupitre masturbado a solas.

Pero al cabo me decía también  
que tú eres aún más imposible que ese Dios impúdico  
contando indiferentes las llamas que lo invocan.

Y supe entonces que el poema  
tendría a mi pesar el mismo olor de esa penumbra,  
idéntico aire de tarde endomingada,  
color de lágrima de cuenta de rosario.

Beato de ti, supe que a fuerza de alejarte  
me vas dejando como a ese feligrés arrodillado  
a quien la fe se le va volviendo ya cansancio erguido  
de no recibir nunca, pero de seguir pidiendo.

o este amor mío morado y genuflexo  
del que ellos, mis amigos  
librepensadores del amor, ateos de estas siniestras devociones,  
se reirían, si supieran,  
como yo me río ahora de este templo  
pero rabiando porque has convertido a Baudelaire,  
hospitalizado a Zaratustra,  
hecho besar a Rimbaud el anillo obispal de la obediencia,  
y ya no me queda otra sino masturbarme a solas  
mientras me persigno ante tu imagen.

### **Valió la pena constatarlo**

Te escuchaba reír, y adivinaba  
aquel barro más hondo  
de mi cuerpo,  
el lodo blanco  
que formó a mi alma,  
la materia  
de mi última, real anatomía.

Me basta estar ahí  
donde te ríes,  
para saberme grieta,  
un hueco florecido,  
algún cántaro roto,  
el más húmedo  
y podrido maderamen.

Oyéndote yo sé  
que no hay remedio,  
que nunca podré ser  
aquel frondoso Armando prometido,  
que siempre seré el monje  
mendicante,

un mínimo juglar,  
el poeta, sólo.

**Oficio secreto**

(*San Carlos, Nicaragua, 1973*)

Parada en una calle de San Carlos  
—morena, desconocida amiga—  
tú no sabrás nunca  
de este oficio secreto:

rescatar  
tus pechos tensos, tus caderas,  
tu cuerpo rebosante  
del lodo, los chayules y el olor  
a mierda que recorre el puerto  
(Guardias Nacionales y basura),  
a través  
de una limpieza ardiente:  
mi mirada.

## Postales de Solentiname

### 1

Era el año pasado (un año inútil),  
yo estaba en París,

en lo más alto  
de un podrido edificio de Varenne,  
escribiendo poemas a una vaga,  
esdrújula tristeza,  
llena de calles y trenes repetidos

Mientras tanto —pero yo no lo sabía—  
estas hojas de plátano goteaban  
bajo las lluvias de setiembre  
y el lago enormísimo esperaba  
con todos sus azules bautismales  
y Ernesto estaba aquí (¿tocaré a Dios  
como se roza una cabellera querida y despeinada?)  
y los ecos precisos de mi búsqueda  
eran el grito de angustia del pocoyo  
y el murmullo de amor de la oropéndola.

### 2

De madrugada (ya para amanecer) el Lago  
es sacra agua del caos  
—blanco lunar donde la luz  
del Génesis se expande—  
Paisaje del Pre-Cámbrico (no reconozco  
la costa familiar —guásimos, guayibos,

coyoles, poroporos— donde a veces  
nos bañamos por la tarde)  
Noche oscura del sentido  
(también la conoce la naturaleza)  
antes de la epifanía de los gallos  
cuando Dios se despereza, majestuoso  
en los cormoranes que se elevan

3

Cuando decimos los salmos, a las siete,  
el aleluya eficaz, el verdadero  
lo están cantando más allá  
de nuestras voces (grave la de Ernesto,  
suave la de Alejo, socarrona la de Lurio,  
un susurro la de Elbis),  
las alborotadas golondrinas  
(que el olor de la lluvia pone ebrias),  
los golpes del martillo de José,  
esos gruñidos de Chancho junto a grifo,  
los patos chapuceros gritando sobre el Lago  
(y el mismo Lago, que a las siete, tiembla)

4

Sobre el Guayibo  
el grito largo  
de la oropéndola  
No hay nadie en casa  
Ella está sola  
—yo tecleo esto  
sobre mi máquina

5

El poema fue hoy esa media botellita de Ron Plata  
bebida en la cocina por ocho amigos empeñados  
en que cada uno recibiera  
la misma exacta dosis de alegría

6

Mi reloj  
el Lago  
sus colores

7

La maleza no acaba entre las piñas  
y tres nuevas nítidas ampollas  
se quejan del machete  
(y aún quedan tres surcos por delante),  
pero en el agua de esta cantimplora  
sé que Ulises  
ha vuelto a Itaca,  
que Cristo ha salido del sepulcro  
para esperarme en los frijoles y las risas  
del almuerzo.

8

A pesar de todo me acuerdo de Friburgo:  
al alba se movían las hadas en el bosque,  
era ancha en el cielo la piel del durazno

y exacta en el medio la brasa de Venus;  
en la torre aleteaban palomas sonámbulas  
y ebrios gorriones y cuervos gritando,  
y la calle se abría en la niebla solemne,  
olorosa aún a enero bajo cuarto menguante,  
mientras yo te miraba entre graves abetos  
que salían desnudos al lujo del día

## 9

Así como me visto de cotona, *blue-jeans* y botas de hule  
y no tengo sino tres mudas de ropa,  
así como hago mi oración sobre un petate  
—frente a un Cristo delgado de cemento—  
así como trabajo en un taller  
y me baño desnudo en pleno lago,  
hoy le impuse a mi poesía los trazos de este lápiz,  
rechazando a propósito la máquina  
y la pluma

## 10

La vuelta a la ciudad  
es sólo lluvia, luces frías  
sobre asfalto mojado,  
sol en polvo, techos íngrimos,  
palomas dispersas (también sucias),  
vitrinas atontando y apenas  
ese trozo lejanísimo de cielo  
donde Solentiname proclama  
su presencia.



# **Poemas de Quebrada de la Virgen**

**(1985)**



*“Quebrada de la virgen” es un punto casi anónimo en el mapa. Una pequeña zona cercana a Los Teques, poblada de bosques, riachuelos y algunos sembradíos. Allí, bajo cielos mudos surcados a veces por el relámpago negro del gavilán, está situada una amplia casa de retiro en la que empezó la aventura espiritual que estos poemas transcriben y —así lo creo y quiero— relatan. Aquella experiencia interior se prolongó después en las calles de Caracas; pero su pulpa recóndita pertenece íntegramente a la geografía serena de “Quebrada de la Virgen”. Por eso este libro, escrito en gran medida cuando mi cuerpo ya no estaba allí, lleva en su título el nombre de aquel sitio, donde tuve la brusca sensación de ser diáfanaamente feliz.*

## 1

Fra Angelico pintaba  
a Jesús y a la Madona  
de rodillas.

¿Qué daría  
yo, minúsculo  
monje laico, fraile menor  
de alguna Orden extinta

por prosternarme ahora  
que intento describir  
este olor inocente de la tierra,  
la redonda castidad  
que perfuma hoy este mundo  
donde hasta el ruido torpe del camión,  
el canto lejanísimo del gallo  
e incluso el sudor, feliz,  
de mis axilas  
se confunden  
en un aroma hímnico, en la antífona solar  
que entona el aire virgen?

Lugar común desinfectado,  
hoy resplandece lo humilde  
de tan obvio:

sólo en silencio  
descubro  
que Suenas.

Me despierta Tu olor entre las sábanas.  
Vengo junto a Ti, que te me expandes  
en la carne agradecida, con ímpetu solar.

Digo *Junto a ti*. Vuelvo a decirlo.  
Y para algunos, poquísimos amigos  
es hoy este rubor confidencial:

nadie sabe

que, a Tu sombra, gusto vivo,  
el ápice frutal de mi deseo sabe intacto,  
anterior al paladar de su lenguaje,  
como aquella manzana de Cézanne  
exacta sobre el fondo. Sin gusano.

Me recuerdo  
a expensas de las ráfagas de música  
mientras aquel terco, helado espejo  
devolvía mi rostro iluminado  
donde el alcohol ya empezaba a dibujar  
la náusea de caer, harto de mí,  
en cualquier cuerpo, como en mi propia tumba.

Como entonces, apronta Tú mañana y siempre  
aquella flor menuda junto al piano  
—imposible loto zen en el bazar—,  
la flor que nadie mira, erguida sólo  
para arrasar de lágrimas mis ojos  
con el estupor feliz, con la vergüenza.

*a Miguel Márquez*

El sabor del agua después de gustar la picadura  
holandesa de mi pipa.  
El rojo asoleado del capó de un automóvil  
donde canta la salud del siglo XX  
la terca, muda, compacta verticalidad de la pared  
—sacramento de la paciencia de las cosas  
soportando, día tras día, el desorden de mi cuarto.  
los tristísimos ojos de Charles Baudelaire  
—fotografiados ahí, sobre la mesa—  
mendigos aún de la hermosura.

La silueta del gato visto anoche  
jadeante y sigilosa como la luna de Edith Piaf.

La torpeza de aquel piano —tres apartamentos más abajo—  
donde las manos de alguna pálida vecina

ensayaban a Chopin

(bendito seas, Señor, en esta tarde cargada de misiles,  
porque resuenan fragantes todavía la tos almidonada  
y el frac y el malabar y la lavanda musical de Federico).

Aquel epicúreo rectángulo de sombra bajo el porche.

El color de la trinitaria en el crepúsculo  
recordándome otra tarde en Nicaragua  
en que bebí morado líquido (un jugo casual de pitahaya).  
La risa de Miguel, para saber que existe el Paraíso  
en la franja tropical de la memoria.

Haría falta también nombrar el cuento múltiple de lo que me hace más sabio a su contacto: el 3er. movimiento de la 9a. de Beethoven, el cósmico juguete que son los dedos de Telonius tocando “Round Midnight”, un solo lentísimo de Parker —por ejemplo, “Lover Man” —en la mañana cuando el abrazo se demora, insiste, recomienza, aquel poema de Ezra Pound, el que termina:

“...la aurora entra en el cuarto,  
con pasitos menudos,  
como una dorada Pavlova...”,  
ciertas páginas calientes de Lezama  
en que huele a malecón, las olas rompen  
e incluso el mar tiene un color de daikirí,  
aquella última secuencia de la película de Chaplin  
(la ex-ciega y el mendigo se consuelan  
de su imposible amor, con la mirada).

Enumeraría igualmente esos instantes inocentes, su gloriosa mansedumbre que no vistió, desde luego, a Salomón: el momento más justo del acorde, la simetría sedante del paisaje, la esbeltez japonesa de la curva, la gravidez sonora del volumen, la santa promiscuidad de los colores:

me refiero a Tus poemas menudos dibujando la infinita secuencia de la anécdota que le cuenta a mi muerte Scherezada en la penúltima, horrenda, bella noche.



*Vino un huracán violento, que  
descuajaba los montes (...) pero  
el Señor no estaba en él (...)  
Después se oyó una brisa tenue,  
y al sentirla, Elías se tapó el  
rostro (ante Su presencia)*

REYES 19,13

¿Dónde podría encontrarte ahora  
sino en la respiración de su sueño  
junto a mí:  
adánica, uniforme, bajo el alba?

*a Esdras Parra*

*Oyeron al Señor Dios, que se paseaba por el jardín a la caída de la tarde. El hombre y la mujer se escondieron (...) Pero el Señor Dios llamó al hombre: —¿Dónde estás? Él contestó: —Te oí en el jardín, me entró miedo porque estaba desnudo.*

GÉNESIS 3, 8-10

Hay otro tiempo.  
Sé que hay otro, sugiriéndose  
allí, en pleno centro  
de esta anárquica orquesta de relojes  
dando la hora para nadie,  
porque es siempre el minuto en que no estoy,  
en que me fui.

Sé que hay otro,  
ingrávida cadencia que no registra el télex  
ni el fonógrafo: ella sola  
es el pentagrama oculto de los hechos  
componiendo aquel acorde,  
el pianísimo blanco del instante

(el del anhelo, el único central, el extraviado)  
en que se oyen, tan leves, Tus pisadas  
bajo el miedo, la música invisible  
de Tu danza en el jardín, que me pregunta  
por aquella memoria de quietud,  
desnuda siempre,  
que cubrió la velocidad de mi vergüenza,  
esta prisa amnésica olvidando  
la puntualidad del Paraíso.

Los ojos de la monja me sonríen  
al servir, discretísima, mi cena  
como si ejercitara con los dedos  
—con el alma entre los dedos, mejor dicho—  
algún arte sagrado. En este instante,  
para ella soy un extraño solamente  
y por eso su lenta cortesía:  
a sus ojos soy alguien, alguien sólo,  
una santa demanda colocada, como un don,  
en las afueras de su Yo. Para acogerla,  
para recibir ese regalo inmerecido,  
hay que salir al extramuro, autoexilándose  
en la intemperie ética, que inclina  
a recoger las migas de mi plato,  
las sobras del simple transeúnte  
un comensal anónimo, el Otro vivo  
con quien se comparte el pan inexorable;  
el hecho de habitar sobre la tierra.

*...Llegó con un frasco de perfume; se colocó detrás de él, junto a sus pies, llorando, y empezó a regarle los pies con sus lágrimas (...) Y El, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: “...se le perdonan sus pecados, porque amó mucho”.*

LUCAS 7, 38, 47

Sobre la cubierta de aquel ferry,  
frente al ardor matutino del mar calmo,  
yo sé que una mirada, cualquier gesto,  
habrían delatado mi ansiedad,  
ese anhelo de demorar un tacto leve,  
simplemente amistoso, sobre el hombro,  
y la necesidad de prolongar lo suficiente  
la caricia discreta de los ojos  
para que al fin él lo supiera,  
lo comprendiera todo de repente.

Hoy he vuelto a sentir, frente a la noche,  
la misma delicia de aquel miedo,  
esta añoranza, súbitamente impostergable,  
de confesar sin estridencia  
mi amor silencioso,

tan íntimo que sangra  
con la más invisible de las sangres:

la que no puede fluir, porque está hecha  
del heroísmo último del alma, del martirio  
que se ha tragado la muerte solitaria  
para que el otro sea dichoso.

Dame siquiera el saber que he amado mucho,  
el perfume caliente de mis lágrimas  
enjugando las Tuyas, que también  
ardieron calladas, sin reproche,  
por él, sonriente y esbelto sobre el ferry,  
(y desde luego por mí,  
por la indiferencia sólida del mundo).

Manando sangre negra, Tu costado  
vierte hoy la tinta del poema:

para llegar al centro  
de la indecible comunión,  
no te apresures  
multiplicando abrazos a destiempo.  
Quédate ahí, en la intemperie  
exacta de tu cuarto (ni siquiera monacal:  
fijado por sus paredes habituales)  
abriéndote al minuto de silencio  
—llegará, te lo aseguro,  
entre las grietas del ser, inconfesadas—  
en que empieza a resonar  
aquel llanto penúltimo, el gemido  
suplicante de la madre al estallar  
la cólera paterna, ese sollozo  
rogando por el miedo que has de oír  
en el ruido insomne de los otros  
construyendo el amor, el desamparo.

*Iam lucis orto sidere  
Deum precemur supplices,  
Ut in diurnis actibus Nos servet a nocentibus*

Señor,  
¿será la madurez esta mirada  
que saluda sin engaño al día naciente?  
Sé que está aquí la aurora whitmaniana  
tanteando mis músculos con gozo:  
aspiro en lo hondo su salud  
regalándome la fruta para el labio,  
el estribillo aquel para el oído,  
la cósmica quietud tras el orgasmo;  
pero con qué dulce ironía ahora compruebo  
como asciende, disfrazada por la luz,  
la sombra quevediana que también  
amanece con el alba:

mis treinta y cinco  
años gustando lo que prueban  
varios puestos vacíos en la mesa,  
teléfonos repicando en el olvido,  
insaciables bocanadas de cigarro  
(el deseo que, inútil, recomienza).

Señor,  
que envejezca conmigo la esperanza

hasta la videncia virgen de la muerte  
donde Whitman y Quevedo me parezcan  
cara y sello de la única moneda:  
el relámpago total de la mañana.

*a Alberto Barrera*

*...el momento más duro para un ateo  
es aquel en que se siente agradecido y  
no sabe a quién dar las gracias.*

G. K. CHESTERTON

No buscados, hoy amanecen  
el pan sin el soporte de la mesa,  
el agua regia sin el vaso,  
el árbol sin las letras que lo escriben o pronuncian,  
el pájaro puntual en la ciudad dormida.

La lluvia pisa la grama y resucita  
vírgenes perfumes. La cal nueva  
fulge en la pared del campanario  
donde el domingo me convoca.

Ese trozo de musgo en el asfalto  
me recuerda que el Mundo, subversivo,  
derrota a la Historia finalmente. Y con él,  
vence este día, cabal e impronunciado,  
redimiendo en su fasto la basura  
acumulada ayer sobre la acera.

Hay asueto en la entraña del silencio  
y hasta las motocicletas braman hoy  
en el vacío festivo, como un circo  
de animales prehistóricos jugando  
en la infancia silvestre del oído.

La calle de siempre es otra calle:  
una estampa escrita por detrás  
en la caligrafía primera de la luz.  
No hay mariposas, pero en cambio  
los ojos de aquel perro, bajo el porche,  
agradecen, acuosos, el sol tibio.  
Me miran ignorando su dulzura  
en la extática plegaria del instinto.

¿Cómo cristalizó el mito de esta hora  
en el ateísmo líquido del tiempo?  
Alguien dibuja el día por nosotros.  
Alguien me ama hoy, secretamente.

*a Rafael Castillo Zapata*

*...sal corriendo a las plazas y  
calles de la ciudad y tráete a los  
pobres, a los lisiados, a los  
ciegos y a los cojos*

LUCAS 14, 21

¿Y si fuera verdad que la poesía  
debe partir su pan especialmente  
con el último invitado inoportuno,  
bostezador profesional, mártir del sueño,  
el que arrastra los pies, el eructante,  
el que tira la lata en la avenida,  
el que acaba tal vez de masturarse,  
el gordo, el ruin, el feo, el tartamudo,  
aquel Pérez escueto sin un nombre  
o ese simple Juan sin apellido  
que llora estornudando en el zaguán  
su carta en la hoja de cuaderno,  
su solicitud de empleo, su estampilla,  
su foto de domingo junto al árbol  
donde un adolescente con acné  
dibujó un corazón a navajazos?  
¿y si ese corazón fuera la síntesis  
de lo que quiero decir con estos versos  
escritos por cualquiera, un poeta sólo  
silbando su poema, como todos?

Acaso exista esa palabra  
aleteando sobre el tráfago  
sordo del lenguaje: este trinar  
de un simple cristofué  
en la mañana indigna de los ruidos,  
intacto como el último,  
primer pájaro.

Uno quisiera decirle a los amigos  
que Te buscan sin saberlo:  
“Él está aquí, éste es su rostro”.  
Pero Tú surges oblicuo, tangencial,  
entre dos horas que parecen  
más vivas que Tu vida,  
entre dos espacios tan espesos  
que le roban densidad a Tu lugar,  
como si esas dos mitades de existencia  
no supieran de la paz que las divide  
irrigándolas discreta en pleno centro,  
porque Tu puntualidad inubicable  
es un aire de atrás, viento de espaldas  
golpeándonos el rostro: no aprehendemos  
su oxígeno invisible, aun respirándolo,  
que silente llamea en los pulmones  
y amamanta nuestros glóbulos vitales  
con un hálito que no podemos atrapar  
o medir, pero que está —patrimonio común—  
en cualquier parte, oreándonos la vida,  
disponiéndola a un ingravido silencio  
—como aquel en que danza el astronauta  
bajo la piedad muda de los astros—  
al que accedemos, de pronto, sin notarlo,  
en cualquier calle, en cualquier autobús,  
como a una fiesta.

25

Así como a veces desearíamos  
que Karl Marx y Arthur Rimbaud  
se hubiesen conocido en una mesa  
de algún Café de Londres,  
mientras en el agua sordida del Támesis  
—ahíta de grumos aceitosos  
que flotan entre botellas y colillas  
y ropa gris de gente ahogada—  
espera el Barco Ebrio, ya sin anclas,  
a que el fantasma que recorre Europa  
suba también, para zarpar  
(Karl, vestido con blue jeans marineros  
se despide de Engels en el muelle  
y Arthur hace lo propio con Verlaine  
—los sueños insolentes ahora enfundados  
en la gorra que usó él mismo en la Comuna);

así como, a estas alturas, quisiéramos  
que Hegel, apeado del estrado de su cátedra,  
hubiese visitado a Hölderlin un día  
en su manicomio oculto de la torre  
para escuchar cómo el demente  
—sin reconocerlo tal vez en su delirio—  
le habla a un viejo amigo de Tubinga  
con quien, en mitad de una fiesta adolescente,  
bailó una mañana, junto a un árbol  
por ellos mismo levantado  
("Libertad" lo llamarían),

tan fieros y felices como niños orinándose,  
con el impudor de los puros, frente al rey  
(en la siesta monocorde del verano,  
recordando novias suavísimas de Heidelberg,  
los dos compañeros se confiesan:  
la razón debe pedirle a la locura  
su danza irreductible, la inocencia  
con que el loco Hiperión, desde su torre,  
enseña al profesor que la luz blanca,  
la rosa de los vientos del Espíritu,  
no termina en el Estado de los Césares,  
se burla de las Prusias de los Káiseres);

así querría yo hoy que a William Blake  
lo hubiesen dejado predicar un solo día  
sobre el púlpito labrado de una iglesia  
—la catedral de Westminster, por ejemplo—  
en presencia de arzobispos y presbíteros  
y de una multitud de feligreses  
harta, como todas, de sermones.

Imagino el viento sagrado resonando,  
por primera vez, junto a los mármoles,  
mientras los cuerpos, desnudados por fin  
como a la hora del agua o del amor,  
se erizan con el paso del Dios vivo  
y tiemblan ante el olor de Cristo el Tigre  
devorando las ingles de las almas,  
ahora tan intactas, tan ebrias y tan vírgenes  
como la de aquel niño canoso viendo ángeles  
a la hora en que arde Venus sobre Lambeth  
y hasta las prostitutas de Soho profetizan.

*a Rafael Arráiz Lucca*

Te agradezco ahora el tierno, iridiscente mundo.  
Si tuviera hoy que resumirlo  
en una sola y brusca imagen,  
Tú sabes que escogería, entre todas, el crepúsculo  
en que llegué hasta ella, fatigado  
de un trayecto feliz desde Friburgo.  
Sí, este ocre, este oro viejo  
bajo el sol tumefacto de las cinco,  
me la recuerdan hoy, ebria de aguas.  
Pesada de esplendor, sobre las márgenes  
ondulantes y suavísimas de junio,  
ofreciéndose con una obscenidad primaveral  
(bullicio de las flores en las plazas  
donde albean los mármoles desnudos)  
ella flotaba apenas como un cuerpo que se esparce  
en un tibio olor de pan y una música  
de fuentes y en un clamor geométrico  
de palomas vespertinas:

Roma allí, por fin,  
como la meta natural de un viaje en tren  
que empezó nomás con nuestra infancia,  
abriéndose hasta esa pulpa joven  
que es caminar descalzo sobre el suelo  
embaldosado de la calle y preguntar  
si es verdad que aquella página dorada

reescrita por la luz, la piedra insomne, el agua terca,  
anuncia la emoción meridiana de mi vida,  
mi pasmo adulto ante el inmóvil  
 huracán de gestos y muslos y caídas  
y espasmos y torsos y miradas genuflexas  
—los cuerpos desnudados por el viento atroz de la justicia  
que un hombre tuerto y medio ciego  
lanzó sobre nosotros  
desde todos los escombros  
del mundo parturiente.

*Anochece.  
Hacia Costa Rica, los volcanes  
evaporados en la niebla.  
¡Y el Lago, impalpable, hecho de aire!  
Extensión de aceite helado  
a ratos gris (¡pero qué gris, qué ámbar!),  
a ratos ¡rojo! (horizontal y líquido crepúsculo),  
colores no nombrados todavía,  
casi fucsia —malva ígneo— metal u ópalo.  
Y bosques, unánimes bosques aplaudiendo  
—rumor denso del viento entre las hojas  
donde aletea el cormorán y chilla el mono  
y los grillos empiezan a arrullar  
el chapoteo isócrono del remo,  
nuestro bote flotando entre las islas.*

## La memoria

arde aún en el taller, hacia las once,  
cuando el Lago es sólo lámina de zinc:  
mis manos, a esa hora

Le aprendo el color a la vinílica, el rastro acre  
al kerosene, su luz propia a cada tarro de pintura

Matemática del trazo (“que quede parejito”, ordena Oscar)

tan seria como la Filosofía

y no hay libros: sólo manos (las de Oscar)  
sucias, minuciosas, inquietantes  
la ciencia exacta de la carne,  
del impulso inteligente hecho de dedos  
para estas nupcias íntimas: mis manos  
desposándose aquí con la materia  
en bodas sudorosas y ampolladas  
cuando el cuerpo huele a ron y sabe a fruta  
de puro entresacar formas del barro,  
mientras el sol, ¡ay sol del hambre!,  
calibra, inapelable, cada hueso.

El arte verdadero empieza aquí —y no después—  
y la poesía:

épica digital o tacto lírico,  
mi estética bregante a ras de tierra,  
gobernante del volumen y la línea (¿qué poema  
pudo tener jamás el útero nocturno de este vaso,  
la curva dócil de este cenicero,  
el fru-fru gentil de este collar al ser tocado,  
el ojo invicto de este pez que pinté ayer?)

También comienza aquí la conversión  
—“¿...pues no es éste el hijo del  
carpintero?” (Mc 3, 4)  
y “trabajen con sus manos  
como le hemos enseñado” (1 Ts 4,11)

El trabajo manual como protesta  
y comunión y desagravio

“Se dedicaba luego a la rueca, hasta haber  
hilado cierto número de madeja. A veces se le

encontraba absorto examinando  
los detalles de los últimos modelos  
de 'charkhas' y dando instrucciones al  
diseñador"

(Uno de los biógrafos de Gandhi)

Yo, en mi agenda de neo-paria  
(cotona, blue jeans, botas de hule),  
anoto el día que me espera:  
cada resistencia del metal,  
las hazañas del pincel y de la acrílica,  
la aventura de una raya:

el sentido de mis manos

(las reinvento)

hasta el reposo dulce, hasta el silencio

*Sol y Lago. Nuestro bote. Parsimonia  
de una danza remante bajo el drama  
cromático del cielo. Vibra el aire.  
Resplandecen las aguas. Fosforecen.  
Sólo el grito de alarma del pocoyo  
en los manglares lóbregos del alma.  
Atracar serán las risas de la cena  
y la cólleman insomne, convocándonos.  
Anochece.*

*a Laura Antillano*

*La imagen como un absoluto  
(...), la imagen como la última  
de las historias posibles.*

Lo recuerdo con redonda precisión:  
Laura, esbelta ante la tumba,  
como otro ciprés del cementerio;  
yo no aparto los ojos de la cruz  
escueta y limpia, bajo el sol.  
Se me quiebra la voz (Laura me mira)  
pero el cielo está ahí, luz estridente,  
gravitando puntual para esta cita.  
Balbuceo el Padrenuestro, mientras pienso:  
haría falta encontrar una metáfora  
que discierna la verdad de este minuto  
en que el grifo solar del mediodía  
abre voces y risas de la calle  
cuando arde luminoso incluso el polvo  
que blanquea el silencio de su lápida  
donde las letras fulgen, invencibles.  
haría falta aquí y ahora que el poema  
(uno de los suyos, por supuesto)  
viniera a declarar este prodigo  
que Laura y yo, temblando, contemplamos:  
el resplandor voraz incendia afuera  
el hervor insurrecto de la historia

con la misma luz intacta que en el mármol  
quema el verso de su nombre, tres palabras

JOSÉ LEZAMA LIMA

anunciando una sola incandescencia:  
calle y tumba abrasadas en la imagen.

*...creo que no existe nada más bello, más profundo, más atractivo, más viril y más perfecto que Cristo; y me digo a mí mismo, con celoso amor, que no existe ni puede existir.*

*Más aún: si alguien me demuestra que Cristo está fuera de la verdad, y que ésta no se halla en él, prefiero quedarme con Cristo antes que con la verdad.*

FEDOR DOSTOIEVSKY

Cuando Mahalia Jackson dice *Lord*  
reservándole a esa nítida palabra  
la nota más pura de la voz,  
yo enseguida lo comprendo: sé que allí  
en la negrura abismal de su garganta,  
sangra la única carne que me importa,  
el cuerpo amado hasta dolerme,  
mi hijo ajusticiado, hermano íngrimo,  
padre a quien engendra mi ternura,  
mi Señor que apaleo, último amigo  
al filo de la noche, en plena duda,  
por debajo del asco y la vergüenza  
y más allá del estruendo de la dicha,  
porque no hay otro amor, otra respuesta:  
apenas sus dos ojos que me otean,  
sus oídos que me ausultan,  
ese tacto inasible despertándome

a la pulpa redonda de mí mismo  
cuando nada me importa, excepto El  
arrinconado allá (desván o sótano)  
junto al soldado de goma y la muñeca,  
payaso en el circo de los locos,  
camarada del poeta y de la puta,  
príncipe de flores y leprosos,  
majestad harapienta, Dios proscrito  
a quien unos cuantos, negra tribu,  
llamamos con ronquísima dulzura  
compañero.



**Hacia la noche viva**

**(1985-1988)**



## Siesta del ser

El vago olor del tedio, ya expandiéndose,  
ensancha el aire grueso de la siesta  
donde una acacia sola bisbisea.

(El humo del cigarro arde en los ojos  
con un vapor de lágrimas sudadas:  
el llanto de existir tiene un pretexto.)

Enorme se ve el polvo de las cosas  
junto al cáncer silente de luz áspera.

Como el ojo de Dios, el sol penetra  
hasta escarbarme blando en una cuna  
donde yazgo por fin entre mis heces.

La vida: estiércol último y acuoso,  
detritus virginal, bosta de fiebre  
fecundando la flora del espíritu.

Ante el viento vibrante de chicharras  
se desmorona el barro de las ingles  
y mis huesos blanquean en el vientre  
de una vasija fría, casi tumba,  
que resguarda mi paz y la convierte  
en simple escalofrío vertical.

Bajo el tácito río del verano  
—presentido en lo hondo de mí mismo—  
las vísceras enlodan y humedecen  
la seca voluntad, la lucidez  
desértica, la cal de la aridez:  
mi conciencia se pudre en el abono,  
en el sepulcro (de humus) que la aguarda.

**Llueve afuera**

Quién lo iba a decir:  
que la luz sosegadora,  
la que ordena este mundo  
y lo rescata para siempre  
de las aguas brumosas, primordiales,  
consista en esta mínima  
habitación de hotel  
donde te miro intacto  
sobre la superficie de las sábanas,  
Moisés salvado entre los juncos  
para mis ojos asombrados,  
no sé si paternales o infantiles  
pero insomnes:

reencontrarte

en la noche grumosa de septiembre  
como un árbol lunar bajo el relente  
—no te inundan las sombras, te resguardan—  
respirando dormido, apenas cierto  
por el neón que se enciende  
y se apaga al final de la avenida  
hasta ofrendar tu desnudez  
a la resurrección del alba.

## Duermes

Duermes en el fondo de la casa.  
Entre tú y yo los muebles, las alfombras,  
los ruidos arbitrarios de la noche.  
No puedes oírme. Te visita  
el ojo de luna del poema.

Decreto endurecer este silencio  
donde flota aún el *buenas noches*  
hasta hacerlo una hoja de cuchillo,  
un lápiz filoso que ahora escarba  
esa inocencia fácil en que yaces  
para devolverte al nacimiento  
y su terror, cuando la gloria  
empecinada y brusca de vivir  
era el vértigo apenas (poseerse  
como cuerpo a sí mismo abandonado),  
un quejido quemándose la boca,  
aquel áspero cuenco de los dedos  
que te arrastran al frío, te golpean,  
te obligan a inhalar el aire incómodo,  
la angustia del contacto, los pezones  
y su leche de llanto entre los labios  
el sabor animal de una epidermis,  
la caricia salobre, la mordida  
que sin embargo ama lo que muerde,  
ese grumo numinoso: el excremento,  
un escozor sabroso en plena pelvis,  
el trueno de las voces, los contrastes

volátiles y efímeros: las sombras,  
la textura del mundo despertándote  
al festejo de la piel, lo móvil  
como una indisciplina del espacio,  
el tiempo sin relojes, la memoria  
duplicando la dicha y el horror.  
Y entre el padre y la madre, tu deseo  
donde viaja una promesa; sólo yo,  
que te aguardo central, pacientemente.  
otra mínima noche me desvela  
mientras duermes. Ya termino.  
Se hace gruesa la punta de mi lápiz.  
Todo sigue en su sitio, leve y justo.  
Me desvestiré a tu lado, como siempre.  
Pero apagada la luz, y aproximándome,  
sé que voy a temblar cuando me acueste.

## Esta noche huele a Samarkanda

Estoy harto de ti, y la noche cómplice  
me obsequia el olor de Samarkanda.

Sí, nada me importa: contra tu voz  
esta noche estampo en las paredes  
el eco azul de los Urales.

Esta noche agrieto el cielorraso  
con la luna del Congo, acuchillada.  
esta noche me hурgo, me introviento  
a ver si logro extraerme una palmera  
mojada por el Eufrates, la roca  
lavada por los vientos del Mar Rojo.

Esta noche adelgazo para entrar  
en el pico de un flamingo de Sumatra  
o en el cuerpo vibrátil de un insecto  
que hoy zumba junto a un seno de Nairobi.

esta noche me visto con chilabas  
para otear al Nilo desde lejos  
en cada cerradura, para escuchar  
a mi cama respirando como un búfalo  
que pace en el reposo de las sábanas.

Esta noche abro cristales y postigos  
al mar, al mar, al bronco Atlántico  
que eyacule espumoso mi deseo  
de naufragar sobre hielos de Groenlandia,  
más allá de Terranova, como un viking.

Esta noche  
—te lo juro aburrido, felicísimo—  
burlo a solas el techo, excursionando  
por la clara stalactita donde el cielo,  
el firmamento todo se me enjoya  
como una daga helada.

**Este brandy nocturno**

Este brandy nocturno me devuelve  
a una humedad de piel, doble fragancia  
de sudor y tabaco, énfasis negro  
que el vello expande frente a mí  
con sabor a corteza, la ebriedad  
hospedada en mi cuerpo como entonces,  
aquel bosque solar junto a la boca,  
tu muslo aprisionado, licor hondo,  
la pólvora de ingle que ahora bebo.

## Fondo negro

Limpia y fría, la noche de diciembre  
es la imagen perfecta de mi alma:  
Caracas arde afuera, indiferente,  
mientras yo soy un hueco  
l i v i a n í s i m o  
donde caen flotando los minutos.  
En nada pienso ahora. Y nada añoro.  
Ninguna obligación. Ninguna agenda.  
Apenas esta ingravida quietud  
para llenar de música (Satie, acaso)  
y lentos cigarros y silencio  
y el negro sueño de la paz, vacío.

### **Plegaria matutina**

Que esta luz sea en verdad el principio  
y esta ropa limpia la manera  
de vestir, agasajándolo,  
al huésped sagrado e indiscreto  
que soy yo de mí mismo;  
que mis zapatos sean los zuecos de Van Gogh  
inaugurando una jornada

donde el sol se demore  
y sea rotundo el pan sobre la mesa;  
que la bocanada fértil del cigarro  
—la primera del día, la inocente—  
coseche a la postre un dibujo fragante:  
la rosa de los vientos  
parecida a ti, desnudo.

## Cumplimiento

Deberían bastar, sin más preguntas,  
la trinitaria abierta sobre el muro,  
este libro de Borges que ahora hojeo,  
el calor de marzo entre mis cejas  
y la noche en puntillas acercándose  
el perfume brumoso de tu cuerpo.

Por sólo esta hora blanca que atardece  
resonando como gong de una paz seca  
valió la pena haber vivido.

Este temblor del aire, lleno de ecos  
que ovacionan el cuerpo y lo celebran,  
sobrevivió al naufragio de los días  
como síntesis final, inmerecida,  
del hecho de existir. Digo por eso:  
debería bastar el centro del recuerdo,  
la bóveda ancestral de la memoria  
amparando esta tarde, que ya es otras,  
las que ví languidecer, las que perdí  
bajo la misma quietud cristalizada,  
los crepúsculos que ardieron en mis ojos  
y que éste resume, lentamente.

Por sólo este acorde vespertino  
me digo plenitud, justificado.

## Coda

*Canto y cuento es la poesía.*

ANTONIO MACHADO

Quiero creer que fue la madurez. Pero conozco esa calma que me ciñe cuando deseo trampearle al sufrimiento. Te hablé con corrección y cortesía: aquella pulcritud nevaba sobre ti, temblando en tu mirada. Por fin, endureciéndola. Escuchabas absorto, tal vez estupefacto, esas frases labradas por el ansia de no herirte. Retóricas al cabo. Ellas sólo huían de la madurez que aprontas, de repente, cuando juzgas mi elocuencia, el laberinto de todas las palabras eficaces.

Aparentamos un paseo. Procurábamos sortear aquellas pausas breves tramadas por el tacto, la cautela. Reíamos para agitar esa quietud, que ardía de preguntas por debajo. Mi cuerpo congelado en un solemne bloque de vacío. Tú, todo elegancia, arrancaste un geranio para dármelo erguida, suavemente. Te temí. Tuve miedo de aquel gesto imprevisto que me empequeñecía al lado tuyo.

Al despedirnos, quise que el abrazo dibujara aún, y para siempre, una puntual intensidad, una inocencia. Tu cariñosa firmeza, separándome, conjeturó la torpeza de aquel mimo, su carácter compasivo, ya fraterno.

Desandé el pasillo hacia la calle. No apresuré el paso. La ciudad se abría al pacífico crepúsculo. Yo estaba solo y libre y

melancólico. Así quería sentirme. Así de exacto. Las vidrieras espejaban lo suntuoso y cabal de mi tristeza. Me entregaba a la música grave de mí mismo, la buscada cuando no se desea compartirla. ¿Era la paz o simplemente el egoísmo, ducho con los años, sabio incluso? Sólo quería fumar, dormir un poco bajo la sombra frágil de la lluvia, que iniciaba sus pasos en la hierba. Pero antes decidí una tímida ebriedad, para hacer más soporífero el sopor.

Al rozar la copa con los labios, sensuales por la tenue laxitud, ¿dónde sobrevino el asombro puntual de la ternura? En una región virgen de mi cuerpo cuyo nombre no encuentro todavía. Mi reloj marcó las siete y cuarto: hacía quince minutos que tu rostro, lívido en la oscuridad del autobús, se desfondaba en todos. En ninguno.

## El hallazgo

*Oscuridad, de la que yo desciendo,  
te amo más que a la llama.*

RAINER MARÍA RILKE

El verano, maduro y estallante.  
Estación Kourski. Ese viajero  
baja del tren infinitamente fatigado.  
Lo acompaña una mujer (sacerdotisa  
de este viaje ritual, inesperada  
vestal para el amante).

Rusia se extiende  
en el silencio donde flota el polen.  
Arden los ojos en los parterres  
por tanta luz floreada, bulliciosa.  
Vibran el olor caro de la vida, su salvaje  
trama de colores, la esbeltez  
concreta de las formas: Lou camina  
tan perfectos sus senos como aquellas  
líneas translúcidas que a Rainer  
lo embriagaron hace meses en Florencia  
ante el jardín de Boticelli.  
La claridad trae a la mente del viajero  
jírones de recuerdos italianos,  
el pesado esplendor, la danza sólida  
de un paisaje que gira sobre el eje  
bien asentado en suelo cómodo.  
Pero ahora ese pálido muchacho

al apearse en el andén ya sabe  
algo más de sí mismo. No le importa  
la fragancia que lo envuelve, como antes.  
Otro olor ha conocido, un aire nuevo  
que disuelve las cosas, las esfuma,  
en un vacío sin polvo. Otro esplendor  
rozaron sus ojos entreabiertos  
a la ignota vastedad, a las estepas  
silenciosas y blancas del Espíritu  
donde el sol estruendoso se asordina  
y la noche congela los deseos  
hasta dejarlos transparentes.  
Sí, ha visto brocados centelleantes  
a la luz de mil cirios, y escuchado  
los vítores de Pascua, campanadas  
girando entre el oro y el incienso.  
Pero transfiguraban lo invisible,  
lo que orea entre labios de abedules  
al roce del viento de las tundras:  
el oxígeno crudo convocándolo  
a desfondar al cuerpo distraído.

Lou se adelanta, saluda al anfitrión  
en la estación matutina y veraniega.  
Rainer cierra los ojos un momento,  
un segundo total, sin calendario.

### A mi cuerpo

Hermano de la voz adolorida  
por el gozo impuntual y su premura,  
enjuto servidor de tal anchura,  
más lenta al asfixiar si más urgida,

¿no es hora de que atienda las razones  
del húmedo lamento que me ofreces  
cuando otorgo calor a tus rincones  
sin saber que sofoco muchas veces

esos ángulos sedientos de otra paz  
no por helada y ardua menos clara,  
la que acaso tenga el aire de la faz

de un Amado difícil que abrazara  
sosegando sin tregua y sin solaz?  
Que te abrase Su frío, te bastara.

**Intentaba mi oración***a Carlos Pacheco*

Intentaba mi oración, sentado  
en el balcón abierto a la mañana,  
una oración empapada por el sueño,  
subacuática a fuerza de arrastrar  
desgarrados líquenes de ideas,  
sensaciones sinuosas como peces,  
corrientes de frases en la mente,  
arborescencias últimas de imágenes  
que rozan los monstruos paleolíticos:  
el terror de ser, el de ser hombre, el de vivir  
vertebrado sin más por la conciencia  
(ella no pidió llegar al universo  
íngrima brotando de lo informe  
y cargada de faunas todavía).

Cerrados los ojos, intentaba  
convertirme en silencio mineral  
donde cupiera la mudez de los objetos,  
en comunión callada con la silla,  
las paredes, los estantes, esa forma  
humilde que es la mesa, la extensión  
granítica del piso. Se trataba  
de apagar en mí toda palabra,  
toda elocuencia contumaz, todo deseo  
atrapado en las redes del lenguaje.

Luchaba mi oración por ser silencio  
a pesar de mis abismos submarinos  
bajo el discurso en vaivén, infatigable.  
Batallaba la conciencia por dormirse  
más allá de sí misma, despertada  
sobre la arena sola de ese yermo  
que redime en mudez, en horizonte  
nítido y filoso los deseos.

Intentaba mi oración. Y no lograba  
desbrozar esta selva que me habita  
tejida con lianas de palabras.  
El balcón era mi cárcel, mi derrota.  
mis nervios irritados hormigueaban  
bajo el estruendo de la luz.  
me levanté de la silla

...Me contuve,

porque un azulejo repentino,  
ligero en el patio despoblado,  
me miraba de lejos, frente a frente.  
Ignorante de sí, me alivianaba.  
Ignorante de sí, su azul juzgó  
mi propio estupor agradecido.

Terminé mi oración. A Dios le gusta  
traducir a veces su silencio.

## Páramo

*a Leopoldo López*

Vasto velamen de quietud  
desarrollada en mí  
hasta explayarme.  
Mi cuerpo al fin pulpa de sí mismo:  
un azul flotante que penetra  
la giba innumerable  
y la unge y la esbeltiza  
y se disuelve en nieve aérea.

Nada puede suplantar ese olor álgido,  
la joya de aquel sol  
engastado entre las grietas  
por donde cruce el agua.

Quiero quedarme allí,  
no bajar nunca.  
Acuna, Señor, este deseo  
y apágame en la sombra de los montes  
hasta cerrar mis ojos  
para siempre.

Trocado  
en simple frailejón  
dormido.

## Persecución de la poesía

Cuando yo te buscaba  
aquí, en esta casa  
donde las cosas simples  
amurallan la costumbre  
y me sosiegan, me adormecen  
sobre un suelo tangible,  
sólidamente sostenido;  
cuando quise que llegaras  
cotidiana como el té,  
reconocible y aromática  
como el humo de mi pipa,  
tranquila como luz de lámpara,  
vibrante como todos los insectos  
atraídos por ese resplandor  
que me ampara de la noche  
y hace dulce el reposo  
y lo introverso;  
cuando pudiste ser Coltrane,  
saxo erudito que acompaña  
a una cena frugal; o tal vez Rilke  
leído al levantarme de la mesa  
(domesticado Rilke: algunos versos  
para aprovechar las horas de descanso  
como conviene a un hombre laborioso);  
en fin, cuando el letargo  
que precede al hábito del sueño  
me condujo, atento, hacia la cama  
para encontrarte onírica y sonámbula  
sobrevino de pronto la certeza  
incluso corporal de que no estabas

en ninguna parte ni en el todo  
de esta vida ordenada de paz,  
en ningún lugar sensible  
y bajo ninguna luz confortadora  
(tampoco en el relato de los sueños).  
Quieto e insomne en el silencio,  
te supe detrás: sólo el envés  
de cada objeto, únicamente espalda  
de todas las palabras del poema  
(espalda inconseguible, por supuesto,  
pero que imanta a la música del verso),  
apenas el vacío de las formas  
donde ellas se desatan, libres ya  
para resolverse en nada pulcra  
—una nada dulcísima, compacta—  
en torno a la que giran, sin saberlo,  
todo idioma de hombres, todo gesto,  
toda la sintaxis de las cosas,  
noche nítida, nívea del lenguaje  
que ensorrece al estruendo de las páginas  
y desdibuja líneas como ésta  
con las que digo el parlamento  
de un actor jamás acostumbrado  
a la mudez enorme del teatro  
cuando todos se han ido y al telón  
lo agita sólo el viento,  
el viento helado de la noche,  
el viento sideral, el que no aplaude,  
ni ríe, ni llora, y desvanece  
tramoyas, trucajes y escenarios,  
es decir, esta ficción decorativa  
(pipa y té, lámparas, insectos,  
Coltrane, Rilke, sueño con libreta)  
abandonada al fin: inútil.

## Jarrón con flores

Amarillas las flores del jarrón  
corolas de la luz  
dibujando el estruendo de Van Gogh  
aquel sonoro alud  
de girantes estrellas con su voz,  
su propio, solo grito  
derretido en los astros: girasol  
arriba, junto al frío  
elocuente de un cielo del ardor,  
y abajo, en esa mesa  
(un rectángulo íngrimo), una flor  
audible, casi seca  
por el lúcido hogar de la razón  
desecha sobre el suelo.

Crisantemos en esta habitación:  
a paso breve y lento  
caminé hasta mi casa sin amor  
por nada ni por nadie  
con mi ramo amarillo. Y el reloj  
campanilleó en el aire  
la memoria del Angelus. De Dios.  
Yo estaba quieto y sordo.  
Pero ahora que el ramo fulguró,  
lumínico socorro  
entre manos clamantes de pintor,  
dan ganas de decirle:  
“Ya te escucho, no hables, por favor,  
apaga esos candiles  
en el fondo del cuadro, que soy yo.  
Permíteme pedirte:  
esta noche salvémonos los dos”.

## La cuarta dimensión

*¿La aridez en el vacío  
es el primer y último camino?*

JOSÉ LEZAMA LIMA

En la vibración más intensa de la música, en el corazón del paisaje, al llegar a la última página del libro o fumando, simplemente, algún cigarro, en las horas más incómodas del día y, sobre todo, en las del triunfo (arte o cosmos, ante la catedral o el firmamento, junto a la curva del torso o de los senos), he allí, puntual, la sensación imprevista del exilio, la añoranza de un arranque de energía que empezara a expandirnos sobre el límite, el hoyo que reclama forma sin encontrarla todavía, lleno de su propia virtualidad ansiosa.

Resta, por supuesto, el simulacro: compulsiones, histrionismos, carcajadas, ebriedades (un nuevo cigarrillo, por ejemplo, un tacto contumaz hacia lo que ya se nos mostró gasificado), *ruido y furia*, es decir, la inhábil saciedad pretendiendo pagar lo que no puede: el déficit, la moratoria del deseo.

Pero, ¿si ofrezco mi ser todo a esa carencia suspendida?, ¿si mi cuerpo se aprendiera ese absurdo abrasante que la piel sensorializa con horror?, ¿si el vértigo frío y seco de morirse —ahora, no después— me enseñará el ayuno inexorable cuyo único nombre es plenitud?

Entonces, la orilla indestructible, los círculos pacíficos del alma reflejando la elipse de los astros, la cuarta dimensión —así la llama Pound—, *el poder sobre las fieras*.

**Spiritual**

*a la memoria de Mahalia Jackson*

Ese susurro, ¿a qué viene?  
¿sutura la vieja herida  
o la ensancha, más ardida?  
Me goza el alma. Me tiene.  
Cave muerte o salte a vida,  
el hecho es que me hace suyo.  
Digo no, me escabullo  
de esa voz tan conocida  
pero la fuerza, dormida  
no obedece si le huyo.

La voz negra. Su cuidado  
que se me congela en cerco.  
Le tengo miedo a su terco  
peso dulce en el costado,  
es decir, Dios calibrado  
junto al centro de mí mismo.  
Gravita un aire de abismo.  
Quisiera pasar de lado  
pero tal Dios es el mío:  
sensible y pleno vacío.

Me surge adentro un deliquio  
al escuchar sin querer.  
vuelve el amor a doler

—este verso, un hemistiquio  
del soterrado placer  
de confesarle al poema  
que me enamora el teorema  
cantando en voz de mujer:  
Dios no es asunto, no es tema,  
sino pasión donde arder.

## Tríptico de una ascética

### *I*

El día anterior  
a la iluminación del Bo  
Gautama Buda  
abandonó el ayuno

### *II*

Quién grita en el bosque, mercurial  
bajo la luna fragante del solsticio?

Salta el ciervo fugaz sobre la carne  
Yo lo he visto esplender: mira sus huellas

Un burdo Parsifal el cuerpo insomne  
tras la vasija al sol, sobre la Tabla

Ayúdame a morir, fértile espino,  
en el lecho silvestre de las bodas  
La risa de Merlín susurra adentro  
*Je voel mieus m'ame sauver que la terre*

### *III*

Deseamos a deshora.

¿Endurecer la voluntad?  
Crisparse, acaso.

Apenas arrullar a la querencia.  
Y que despierte entonces,  
puntualmente,  
junto al árbol de sangre  
y su lluvioso fraseo,  
su rocío.

**Minutero***a Gonzalo Ramírez*

*Marzo 2.* Yermo despoblado. Paladeo sólo arena. Flor de cactus, el alma se abre sobre las espinas, polvorienta en el solazo.

*Marzo 4.* Cargado de sequía, la lluvia no acaba de estallar. Engordan las chicharras.

*Marzo 7.* Salgo a la calle con temor. Me muevo incómodo en medio de la universal transpiración de las cosas. No tengo mirada sino para el envés donde suda cada hombre, cada objeto, el estercolero de la historia. Allí fraternizamos con un grueso bestiario: nuestra naturaleza pasta, orina, se aparea, hediondamente ingenua bajo la canícula. ¿Quién dijo pesebre, quién un asno bueno, un terso buey para amparar al niño espíritu, gimiendo?

*Marzo 15.* ¿Cómo pude olvidar la existencia de esta duna inmóvil, donde mi madre tose alma en la camilla?

*Marzo 16.* ¿Sortear la avalancha de cal ciega, dirección hacia la solar desolladura?

*Marzo 17.* Señor, ¿te he llamado alguna vez polvo lunar? Hoy fosforeces como un astro que emite aburrimiento. Te añoro en un ápice de gloria, como antes. Te padezco.

*Marzo 20.* Sonámbulo, camino. Voy dando trapiés, pero con la certeza de que el sudor sobre mi espalda dibuja un mapa de gotas, una fresca geometría.

*Marzo 25.* Son cinco las llagas, su ardor quieto. Cada noche pascual, en Florencia o en Nairobi, el esbelto, firme cirio las proclama todavía.

*Marzo 26.* Como el ahogado, ceso de luchar. Me abandono a la asfixia del bochorno.

*Marzo 28.* El primer aguacero bate ya sobre un cadáver. ¿La crueldad inminente, salutífera de abril: un retoño asomado en las cuencas vacías de la calavera? Sin embargo, cierro las ventanas al plexo viviente de la lluvia. Me quedo quieto, mirándote. Ahora sé que Tus ojos son los del anciano aquel, el del asilo. Me veía sin verme, sin respuestas, desde la exhaustiva cama del dolor, desde el erial de los siglos, desde siempre.

*Marzo 30.* Te he aprendido la faz, la decepcionante red de las arrugas, la carne amojamada. El horrible esplendor de la belleza.

*Abrial 1.* Sigue lloviendo. No me importa. Paul Celan, al ir en pos del agua última del Sena, luchaba por custodiar su propia sed, aquel lúcido insomnio bajo la lámpara de Auschwitz.

**Donde se habla de la luz, la belleza***a David González y Belford Moré***1**

La hez llegaba en barcos. El Caribe  
era opalescente en el crepúsculo,  
pleno de laxitudes, de fragancias  
que llamaban a soñar, casi dormidos,  
con carne mestiza de mujer.

La hez bajaba al puerto, simplemente,  
y su hedor invadía las callejas  
tramadas con esmero, los balcones  
labrados de aromática madera,  
las unánimes flores aplaudiendo  
junto a cada celosía, cada alcoba.

Evacuaban los barcos su excremento  
y en el muelle algún mohín lo recibía,  
algún ademán brusco de los ojos  
soportando un momento esa sentina  
expuesta a la luz pulcra de septiembre.

Sólo un hombre, de pie en el empedrado,  
percibe el olor negro como suyo,  
la olfatea con delicia minuciosa  
en un éxtasis sobrio, arrebatado  
por ese perfume que deslastra  
al mundo de sus mares, sus crepúsculos,  
sus flores bullangueras, sus fragancias,

y lo deja desierto, yermo apenas  
donde fulgura, sola, la hez hedionda  
como el único sol del universo.

## 2

Una isla del Pacífico. Veinte años  
trajina otro hombre sobre el suelo  
poblado de palmeras. ¿Quién no quiere  
disfrutar de la paz de una mañana  
cuando las olas arden, resurrectas,  
y los vótores del alba nos saludan  
bajo el estruendo de los bosques?  
Ese anciano no toca el mar caliente  
para ungir a su cuerpo y bautizarlo  
con el agua solar. Otro bautismo  
ha amanecido hoy sobre su carne.  
Tanto tiempo perdura en esta isla  
que ya no se recuerda en otra parte.  
Y sin embargo, junto al río  
saludable y vivaz entre los juncos,  
frente al manjar de la existencia  
que pide una holganza, una molicie,  
él no ha sido feliz. Se trata, sólo,  
de que atienda a los cuerpos ulcerados  
por una roja aridez, un alba en llaga.  
Pero eran cuerpos de ellos, de los otros.  
El suyo estaba tenso, suave, higiénico  
para el solaz de la selva, para el mimo  
que ofrecía el elogio de estar sano.  
Ese era su espanto, su derrota.

No compartir llagas, sólo verlas.

*(Cuido los ardores, no los siento).*

Y hoy, por fin esta mañana,

la sorpresa feliz lo desvanece

hasta borrar el brillo de la aurora

en esa gema blanca que ha buscado

desde hace veinte años: una mancha

en el muslo, de repente. Sólo una,

presagio exactísimo de tantas.

Ahora puede marchar hacia la iglesia

a decir en el sermón, erguidamente:

“Nosotros, los leprosos...”

### 3

Hay formas y colores todavía.

La terquedad de la luz. Su reincidencia.

Espesor —que amanece, que atardece—

del cosmos retardado, entretenido.

No quiero esperar más: la cita aguarda.

¿Quién me iba a decir que lo buscado

al final del laberinto de mis páginas

consiste en ese hedor, en esa llaga

que no desean los ojos ni el abrazo,

lo tinto de blancura de tan negro?

El neto esplendor del Paraíso

es tabla vertical, gélida y dura.

La noche más fría que los astros.

La cruz de Juan de Yepes.

**Dies natalis***a Manón Kübler*

Todo fue un mínimo estertor.  
Me dilapido en paz: sólo agujero  
donde sueno por fin a carcajada.  
¡Oxígeno al revés, espalda de aire!  
Llena se expande mi ceguera:  
gozo el vacío de mis ojos.  
Una lápida del mundo, simplemente  
—bailo en torno a ella, desceñido.  
No me busquen allí. Ya no me nombren.  
Los clavos y el lanzazo, mi epitafio.



# **El dios de la intemperie**

**Fragmento**

**(1985)**



El fondo musical que ha acompañado, esta tarde, a una íntima lectura de poesía religiosa del siglo XVII, lo constituyó una sesión completa de jazz, donde el armonioso vocal de Mahalia Jackson fraternizó con el vozarrón pastoso de Louis Armstrong, y la trompeta de John Coltrane dio paso triunfal al saxo frío, mercurial, de Stan Getz. Ahora, tan limpio y suave como una llovizna, el piano de Bix Beiderbeck, en grabación de hace cincuenta años, entona “Niebla”, una pieza que amo mucho (en más de una depresión ha sido el único consuelo que he encontrado al lado mío, la única embriaguez que me ha hecho comulgar con la “cuarta dimensión”, como dice Pound, “la de la quietud y el poder sobre las fieras”).

No es azarinta la mezcla de poesía religiosa con jazz, la pasión amorosa por la Divinidad entrelazada como una enredadera con la música de Beiderbeck, el lenguaje místico cabalgando sobre las sonoridades de Telonius Monk, mi voz angustiada abrazándose en el aire caliente de mi cuarto con un “spiritual” que Mahalia saca de sus vísceras, “Te Upper Room”, elevando su respiración incandescente sobre un mar de algodón, en la tierra roja de Georgia o Louisiana.

¿Por qué junto a las dos voces —la mía, tácita, y la de Mahalia, resonante en la penumbra de esta habitación— en un único grito que arde, grito que vomita llamando a puertas cerradas, grito de una desesperación rigurosa que ostenta el heroísmo de proclamar su deseo clamante, su llamada hacia la luz? ¿Qué importa que Mahalia Jackson recé ese fatigado “spiritual” con una garganta creyente donde se presente el vaho de las lágrimas, y que yo, en cierto modo, blasfeme mi hambre, mi sed, mi ahogo de palabras quemantes, en un tono atormentado que recuerda a los “místicos sin Dios”? ¿No son un solo grito el de Mahalia y el mío? Que no nos engañe la apariencia, la mera cáscara de las voces. Mi voz y la de Jackson claman una fe única, total, creen en el mismo dibujo existencial, en la misma imagen llameante de la vida. Lo que Mahalia dice, casi en bramido, casi en susurro de animal jadeante a la orilla del estanque, es lo mismo

que no acierta a balbucir mi luz negra, el vitral metafísico que esta tarde pongo a lucir como cirio votivo a las puertas de mi alma. Ambas voces desesperan, pero creen en la redención precaria que les sale al encuentro en su propio canto. Su tono, no hay para qué engañarse, es el del amor.

Se trata de un amor corpóreo. O comienza siendo baile de vísceras, embriaguez sensual, o no es sencillamente. No otra cosa dice Mahalia Jackson con su grito arrancado de la matriz, de los ovarios. Ese “¡Lord!” que se oye vibrar en su garganta está nombrado con la sensualidad de la que ama, hinchados los senos al cantar. Si aun ese *Jesús* que se le quiebra en plena voz, y para cuyo hálito reserva los más delicados arpegios de su canto, no es otro que el Amado Oscuro que le llueve caricias inéditas en los repliegues de la piel profunda, la Miel Extraña que le entibia el regazo sollozante (mojándola en dicha, despertándole los huesos); se trata de ese mismo “Sweet Lord” que George Harrison, el más orientalista de los Beatles, invocó en su acompasada letanía llamando a Ramakrishna: el dulce ron de los abismos. Los nombres son distintos, pero el arpegio incandescente es idéntico, el mismo.

Al final de *La Náusea* el protagonista, absolutamente desbarrancado en la angustia, habiendo percibido la “pasión inútil” de todo cuanto existe, entra en un bar. Está en el bajo fondo de lo humano, en uno de los límites de la existencia terrestre: allí donde el vacío (digámoslo con mayúscula: el Vacío) resopla su faz irredenta e irredimible, sentenciada. De pronto, de la rockola de aquel bar comienza a manar un “spiritual”, una vieja canción de negros, entonada por una voz americana. Todo el lugar se llena de la respiración azul de aquel canto sincopado. Y el protagonista, escuchándolo, vislumbra, no una salida ontológica y existencial, pero sí un espacio, una suerte de pausa oxigenada donde apunta algo que quiere parecerse a la alegría. La alegría trágica que se eleva a mitad de aquel Vacío donde no existe otra liberación posible que la presentida en el mismo canto, nombrándose a sí mismo ritualmente.

La canción habla de una afirmación, de una ronca embriaguez que se confunde con la más adecuada metáfora del ser: terquedad de vivir en la cresta de una plenitud que sabemos condenada.

Roquentin es un “místico sin Dios”. ¿Pero cómo va a ser casual que su tormento se hermane de pronto con la voz de aquella negra norteamericana, madurada en religiosidad atávica? ¿Cómo va a ser mera coincidencia la misma fraternidad de mi angustia, llena esta tarde del vacío que me deja el cadáver amado de Dios, y la garganta de Mahalia, repleta de fe desesperada? Lo que las une en la sílaba vital, idéntica en ambas, que pronuncian, el poema implícito de su propia afirmación subjetiva frente a la incógnita que la enfrenta, la danza en la que bailan hasta morir de fiebre a las puertas del deseo. Dios, para Mahalia Jackson, no es una noción abstracta, sino una experiencia segregada por los últimos vasos capilares del deseo, una Presencia se diría corporal, un olor que la impregna hasta el delirio.

Sólo para los místicos la oscuridad es Oscuridad. El místico no le da la espalda, sino que se hunde en ella, en viaje transoceánico hacia el centro donde aquel “dark dark dark” de Eliot se espesa hasta hacerse carne de anunciación, balbuceo de una especie de respuesta que no niega las preguntas.

Son las doce y veinticinco de la noche. El calor de mi cuarto se ha transformado en frío. Una luz mineral duerme en los objetos y tras las ventanas fosforece no sé qué miedo soterrado, temblando entre las hojas de los árboles y nimbando los faroles de la calle. En mi grabadora se escucha “Niebla” otra vez, bajito para no despertar al que duerme. Mi querido Bix Beiderbeck, compañero de terrores y atisbos, teclea su llovizna de nuevo, una llovizna jugueta y triste. El viejo Bix —viejo ya, pero murió muy joven— era un vagabundo que vivía sólo para su música en medio de las fondas miserables, los bares famélicos, las tabernas malolientes. Abandonó los estudios, todas las seguridades de la familia y el confort, y

eligió su bohemia trashumante, su aventura de espasmos, como cruces redentoras. Crucificado a su trompeta y a su piano, tuberculoso, alcohólico, tan generoso y bueno que sus propios amigos lo explotaban —porque no sabía negarse a tocar cuando, legítima o arbitrariamente, se lo pedían—, afiebrado buscador de una estrella quieta en mitad de los sonidos, santo trotamundos, Bix Beiderbeck es la mejor introducción a este clima espiritual dentro del cual quiero iniciar la madrugada. Allí mismo, un poco más allá en la cinta del casete que ahora escucho, Mahalia enronquece de nuevo vibrando por el Dios sensual, Largo Abrazo Chorreante. El Dios que nos colocó desnudos, piel al lado de la piel, en el centro manante de un paraíso oculto que todos los días perdemos, pero que todo los días resucita en la celebración de los cuerpos y en esa extraña hondura, país de comunión sumergida, que llamamos amistad.

Yo, que a veces no sé si soy digno de creer realmente, cuando escucho como ahora este jazz medular surcando con su ráfaga de escalofrío la distancia que hay desde mis huesos hasta esta página; cuando la vida sobrenada en una pulpa joven, misteriosamente plena; cuando me doy cuenta súbitamente de que, a pesar de todo, amo y soy amado; cuando vienen hacia mí, igualmente de pronto, una verdad que yo no me he esforzado en conquistar, una belleza que no he buscado, una amistad que no esperaba, una sonrisa gratuita que no provoqué; cuando, en plena conciencia de mis límites, percibo que siempre “puedo más”; cuando siento que, a nivel de lo sustancial, nada está perdido si cada día soy capaz de repetir conscientemente la sílaba vital que ahora, al lado mío, encarna Mahalia; cuando tomo conciencia, con un agradecimiento muchas veces instintivo, prerracional, de que, pese a los naufragios, *recibo* el ser (de que, efectivamente, me lo están dando), entonces me siento invitado (¿diría mejor: convocado?), a sentir, a creer.

**La nada vigilante**

**(1994)**



|

Espero al poema  
como aguardo el placer al inicio de la cópula,  
lentísimo, fértil.

Espero al poema atisbando su llegada  
en el ápice mismo donde cruce  
y levanta las alas.

Espero al poema adviniéndome,  
pulsándome desde el vacío mental,  
demorándose bajo la red de mis nervios  
inmóviles como la página blanca  
que me arde en los labios.

Espero el poema, su olor difícil  
en la pulpa del deseo,  
su ráfaga entre las grietas de la atención,  
su pausa virgen que la letra goza.

Espero al poema con los ojos de mi madre,  
ávidos desde la muerte.

## V

Yo aguardo al animal dormido.  
Mientras los otros trabajan lo discierno  
moviendo sus patas livianísimas  
contra mis sienes ahuecadas.  
Se alimenta del ocio que me atonta.  
Sus ojos son relámpagos lejanos  
ardiéndome en la punta de los dedos.  
Su piel es mi voz centuplicada.  
Y causa sangre su pezuña fría  
helándome el esfuerzo. Lo vigilo.  
Mientras los otros yacen o copulan  
cebo la trampa del papel  
bajo la lámpara neutra, distraída.  
Estudio la forma de amansarlo  
con un golpe de luz sobre mi frente,  
una imagen capaz de sostener  
la inocencia cabal de su estatura.  
Remuevo símbolos sagrados  
para atraerlos al centro de esta hoja  
blanca de esperarlo. Mitos sonoros  
fraseados por el ritmo del lenguaje  
intentan acunarla levemente...  
Pero el animal desaparece  
justo en el instante de apuntarlo  
con la palabra artera y su veneno.  
El olor perseguido se anonada  
cuando flota ese pálpito que extingue

la escritura en su límite preciso.  
La idea es ya una horma para nadie.  
Mi voz retrocede en la garganta.  
La trampa está rota para siempre.  
En la distancia frágil de la página  
el animal es rastro, sólo fuga:  
cuaja entonces inútil el poema.

## VI

Risible, me distraigo  
con el secreto de ser nada,  
atesorando huecos  
que relucen, precisos,  
en lo blanco.

Suelto como un abandono,  
ausculto pasos de paloma  
al ras del corazón  
y miro crecer la hierba anónima  
entre mis huesos blandos.

Desalojado, me desfondo  
cada vez más horizontal,  
estiércol vivo  
pateado por densas multitudes  
sobre el subsuelo flojo.  
Fecundo una flora resonante  
que no me es dado alcanzar  
mientras me pudro.

Así el poema.

## VII

El sol vacío de la mente  
se explaya sobre la arena fría.  
Es redondo el silencio  
en torno al eje completamente inmóvil.  
Un párpado abierto  
deja ver las pupilas dilatadas,  
el ojo blanco, ciego, innecesario.  
Baila el tedio su monodia ingrávida.  
La playa del sentir está desierta  
bañada por el oleaje sucio  
de imágenes opacas y convexas.  
Rebota la palabra sin que nadie la atrape.  
El cuerpo estorba el alma a fuerza de pedirle  
un insinuarse sólo, un gesto vago,  
una idea que fulja de repente  
moviendo la sangre en las arterias.  
El cerebro cuaja hielo entre sus pliegues  
y en el rostro se ahonda una galaxia  
de tristeza mineral. Rostro clavado.  
Afuera el entusiasmo bate alas  
contra el cristal esmerilado.  
Pero el adentro es neutro y me respiran  
la vigilia parada, el resto de la espera.

**VIII**

Amo el sol de la palabra día.  
Pero la digo aquí y se evapora  
el poder matutino del vocablo,  
su saliva auroral, recién gustada.  
La aridez cuenta conmigo las vocales  
y un áspero reptar de consonantes  
sube al paladar sin deleitarlo.  
Alguien apagó la dulce hoguera  
donde los leños crudos del lenguaje  
crepitaban fragantes en la boca,  
en la unánime página abrasada.  
El poema brota ahora sin saberlo  
sin palparse las vísceras ardientes,  
tiritando inconsciente de sí mismo,  
ajeno al calor de paladearse.  
Entresuenan las letras su delirio  
vacuo y sensorial como el de un loco  
que necesita hablar pero no puede  
sino decir la noche de la mente,  
los ruidos de su cuerpo, el movimiento  
de la nada polar en la que clama:  
la inocencia verbal sobre el abismo.

## XIV

El tedio es una gota, tras la lluvia,  
aferrada a la verja, sostenida  
por su propio equilibrio transparente.  
Pudiera caer al piso y disolverse  
pero prefiere temblar junto al vacío  
para secarse, mansa, bajo el hierro  
de donde pende íngrima en la noche.  
El aburrimiento me concede  
el temblor solitario de esa gota  
y que no sople el viento y se mantenga  
en perfecta acrobacia sobre el suelo.  
El tedio nada pide, nada quiere,  
sino colgar sin más en el abismo,  
sabiéndose inasible pero al borde  
de un metal oxidado: este poema.

**XV**

Me digo que es inútil, que no puedo escribir lo imposible, la secuencia del poema innombrable, la mentira de apalabrar la ausencia del deseo deletreando la nada entre mis sienes, su oquedad tan carente de palabras. Sé que el cuerpo me queda, ésta mi carne indecible también pero moviéndose al proyectar imágenes, figuras en el vacío mental, en la pantalla de la escritura terca, indeseante. Sólo alcanzo a aludir, casi a tocar al poema cadáver enjoyado por el histriónico decir: la vanidad de no sorber el silencio ni apurarlo, de escapar de este yermo a mi medida que, si yo fuera otro, comparara a aquel nítido y virgen de los santos ardiendo, sí, incómodo en la voz, llagando la gárrula garganta pero dejándola seca de otra sed que no sacian las formas, el lenguaje.

**El esplendor y la espera**

**(2000)**



## Mística del árbol

Los árboles son sacramento de la paz.  
Ellos me enseñan el arte difícil del sosiego,  
firme en su aplomo vertical  
frente al viento y al látigo incontable de la lluvia.  
Su tranquilidad está transida de silencio  
pues las hojas, como labios, sólo invitan  
a contemplar otra flora escondida e interior  
que no se puede describir con las palabras.  
Ellos hablan al alma, no al oído.  
El tallo, paciente, se revela siempre ascencional  
por efecto de la atracción religiosa de la luz  
que lo ha elevado, a través de los años,  
hacia el cielo; éste parece pesar sobre sus ramas  
para darnos la exacta sensación  
de estar ante un frondoso  
receptáculo sagrado. La calma del árbol ilumina.  
No es casual que, bajo su sombra, Buda  
haya recibido el rayo austero  
de la verdad situada tras el tráfago  
de las cosas goteando idéntico dolor:  
la última quietud, incontaminable,  
cuyo signo en la tierra son los árboles,  
serenísimos rastros a seguir  
del santo ocio de Dios al contemplarlos  
como perfecto reposo de sus ojos.

El árbol es siempre vespertino  
aun si lo alumbra una matutina esplendidez:

su esbelta, ensimismada arquitectura  
sólo encuentra marco preciso  
en el crepúsculo, cuando la paz,  
ya madurada, expande copas  
donde pernoctan los pájaros, callando.

## El excluido

No se lo encuentra de veras en el templo.  
Su morada, si así puede llamarse al desamparo,  
es precisamente el gran afuera,  
el periférico sitio donde vive  
aquél siempre excluido, el no invitado,  
quien no pernocta —digo bien: pasa la noche—  
lejos de la hogareña luz bajo la cual  
transcurre el reposo ensimismante  
que no nos deja salir hacia ese absoluto,  
peligroso descampado en cuyo centro  
aguarda él, desconocido, delincuente quizá,  
tal vez un enemigo, pero de cualquier manera  
extranjero, ignorable por los rigurosos códigos  
que nos prohíben saludar a un extraño  
y mucho más brindarle la acogida  
de convidarlo a nuestra casa.

El excluido, en lo oscuro, te interroga  
sólo con su aguardar eterno. ¿No escuchas  
aquellos insistentes pasos revelándose  
la apátrida vigilia de su insomnio?  
Pero encontrarlo significa salir,  
sobre todo salir, padecer la incomodidad  
de la salida al afuera sin refugio,  
dejar la lámpara, el sillón, la mesa puesta,  
y emprender el noctámbulo esfuerzo  
para descubrirlo en la prisión culpable,  
y en la pobreza toda, y en la herejía

acusadora de tu léxico mental,  
y en la viudez de lo cierto, y simplemente  
en el cáncer, la lepra, la agonía:  
situado allí donde el paisaje se presenta inhóspito  
por distinto a los que ya conoces,  
a los que acaban devolviendo tu mirada  
como un espejo contumaz.

Es él. El que no invitaste. Ahora lo sabes.  
Lo descubriste al fin, llorando anoche.  
Sólo te falta venir junto a esas llagas,  
ese hambrear harapiento, esa incertidumbre, ese delito,  
esa implacable interpelación del diferente  
hasta el centro mismo de tu casa y celebrar  
la cena —sí, celebrarla— al compartir  
con él, Único y múltiple, Otro central y repartido,  
el pan terriblemente suave;  
dejando la conciencia de que pudiste hacerlo  
en la oscuridad cerrada, tras la puerta.

## Espera

La elevación brota de la espera.  
No me refiero a la esperanza,  
que puede ser un grado inferior de la conciencia,  
un vulgar optimismo, una miseria  
de la frivolidad del alma y de su miedo.  
Pero la espera es exactamente lo contrario.  
Su expectación se afina en el rigor,  
la intensidad velante, la madurez  
de un silencio resistente a toda fórmula,  
al que no engaña nada, con los ojos abiertos  
hacia el futuro imprevisible. Lo que sabe,  
lo que aprende, esperando, de sí misma,  
le impide adjetivar ese futuro  
y aun sustantivarlo: lo prefiere ajeno  
al nombrar objetivamente, impronunciable centro  
cuyo intangible fuego deja informes  
los marcos, los moldes, las figuras.  
Expansivo, lo que aguarda es pura gracia  
viniendo a su encuentro desde la viviente  
infinitud sin rostro. No hay lugares  
ni relojes que la ciñan.  
Sólo basta la espera para amarla  
con amor inaudito, en la renuncia  
a la posesión y al apresuramiento fútil.

A veces esperarla constituye  
danzar interiormente: la alegría  
sobrevuela entonces la paciencia

anunciando la abismal proximidad,  
un virtual presentimiento, el roce  
que es inaferrable certidumbre.  
Pero esas horas duran poco, y regresamos  
a la oquedad silente, matriz virgen  
anterior a todo alumbramiento,  
quieta atención de escucha minuciosa  
siempre erecta ante la puerta que ha de abrirse  
cuando la disponibilidad sea tan completa  
como la muerte misma, ya desnuda.

## Escucho a John Coltrane

*Lo único que la razón —la razón  
no encarnada ni encarnante—  
no podía concebir: (...) el cuerpo resurresto.*

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

Escucho a John Coltrane pensando  
que cierto jazz limita con la muerte  
y lo que ella oraculiza.  
Sus acordes, ontológicos, jadean el sentido  
del cuerpo que lo oye viviéndose rítmica  
dulzura urgente, melodía visceral, disonancia  
en vértigo, lúcido fraseo coagulado,  
dinámica espiral donde lo armónico  
asciende bajo la forma de orgiástica estructura.  
El sentido del cuerpo: metafísica ecuación  
cuya incógnita el jazz sabe resolver  
a través de su propia álgebra caliente,  
superior matemática del elemental sonido  
numerado en cadencias que lo elevan  
a una complejidad enigmática  
ante todo física, sensible: descifrar  
este sonoro enigma estético  
soluciona el de mi carne: porosa  
masa orgánica devolviéndose, por él,  
a su duración atónita, a sus latidos esenciales,  
al paroxismo que anhela ocultamente  
y a la terquedad de su dicha encarada al sufrimiento,

la que suena, redentora, en ese tono  
álgido, purísimo del saxo, soplado  
por un aire capaz de inventar celebraciones.

El sentido del cuerpo: el jazz lo sabe  
porque frasea el idioma corporal.  
Cadenciándolo, cifra tal sentido, lo atesora  
en sus abstracciones auditivas, las cuales  
—esto es milagro sutil, prodigo lato—  
no por ser abstractas dejan de ser carne,  
dialecto sensorial de su materia y para ella.  
Esta noche, escuchando a John,  
el más profundo para-qué del cuerpo  
se me confiesa, íntegro, durante la afilada hora  
adonde entro a la búsqueda de tantos sudorosos  
acordes gozándome y también agonizándome,  
hallando en mi intensa vibración corpórea,  
eco preciso de esos difíciles acordes,  
aquel deseo que ha olvidado ya cómo se llama  
pero cuyo objeto desovilla la compleja exactitud  
del saxo: deseo recibido por la muerte  
como la carnal demanda a transmitir  
a esa adivina sin máscara, desnuda:  
su nombre es *cuerpo resurrecto*  
y contiene la promesa de un día no existirse momentáneo  
sino a la misma altura eterna del espíritu.

Este es el sentido que el jazz identifica  
abstrandolo de mis entrañas al vivir  
dentro de ellas el deseo y la promesa.

## Dios es pequeño

Dios es pequeño, cabe íntegro en un grano de sal  
que podemos pisotear, y de hecho pisoteamos  
con la altanera suela del zapato,  
gigantesco peso sobre lo mínimo paciente,  
invisible para los ojos desatentos.

La gloria de Dios se epifaniza, menuda,  
como una hoja de árbol, una simple brisa,  
un solo botón, una única letra,  
bajo el ala del pájaro, junto al corto cuento  
con el que la madre se despide del niño  
al acostarlo, dentro de la llama frágil  
de algún fósforo, cifrada por la punta  
del bolígrafo, por las dimensiones de una copa,  
por la gota de lluvia, por una escama de pez,  
por el dedo meñique y su uña breve.

Dios prolifera ínfimo. Su omnipotencia  
resulta centimétral si recordamos  
que padece el sufrimiento con nosotros,  
voluntariamente maniatada ante el dolor  
que quiere compartir en su impotencia:  
solidaria contestación a la pregunta  
de cómo permite el mal incongruente.

Su infinitud se encoge en la estrechez  
autoceñida para dilatar, ilimitada,  
la libertad del hombre, la que puede reducir  
aún más el infinito cuando guste,  
hasta el tamaño de un dedal ignorado e inservible.  
Esta reducción divina también se nos ofrece  
contemplarla en el acto mismo que creó

todas las cosas: el Todo, que todo lo ocupaba,  
se contrajo a fin de abrirle lugar al universo  
expandiéndose autónomo en su afuera.

Dios no tuvo miedo de mostrarse  
dentro de la estricta pequeñez de un hombre  
paupérrimo, marginado, perseguido,  
quien comparó el supremo estado de gracia,  
que anunciaba como posibilidad accesible  
e inminente, a la mínima de todas las semillas,  
grávida de su fertilidad oculta.

La grandeza es un equívoco. Aparece aplastante  
para aquél que, rendido de cansancio  
tras el trajín de siempre,  
la percibe sobre sí.

No es que la deseche. Pero lo intimida  
desde el principio ese modo del ser nunca medible  
por la fatiga de sus ojos. Ello viene a explicar  
que la menudeante numinosidad de Dios  
se multiplique en detallismos, filigranas,  
acaeceres a la mano, sacramentos  
que se llaman sonrisa, palabra, reposo,  
movimiento, árbol, abrazo, luz, ritmo, deleite  
y muchos otros más con los que él nos agasaja revelándose,  
no esperando gratitud, sino, al contrario,  
la fatuidad de nuestra antropocéntrica grandeza.

Sí, definitivamente Dios es pequeñito,  
y a esa sacrosanta cabeza de alfiler  
que en su modestia no se impone  
como poder ladrón de servidumbres  
se alude con metáforas humildes,  
intentadas por este poema irrelevante  
pero, a la postre, salmo arrodillado.

**La desnudez del loco**

**(2004)**



## La desnudez del loco

*A Jean-Marc Tauszik*

(...) *El Señor Dios llamó al hombre —;Dónde estás?*  
*Él contestó: —Te oí en el jardín, me entró miedo*  
*Porque estaba desnudo (...) Y el Señor Dios le replicó:*  
*—Y ¿quién te ha dicho que estabas desnudo?*

(GEN 3, 9-11)

### 1

La hora de bañarse era a las doce.  
Bajo la ducha todos, uno a uno.  
Las paredes: amarillentas, desteñidas.  
El sol del mediodía en las ventanas.  
Atrás dejábamos el patio, los árboles inmóviles  
y el rotundo imperio de la luz de agosto.  
Nos desvestíamos con prisa (El enfermero  
conminaba a hacerlo de ese modo).  
Juntos y desnudos ante los cuatro grifos  
de los que brotaba la ancestral terapia  
aplicable en estos casos: agua fría.  
Llegábamos en grupos hasta el baño,  
desamparada fraternidad de cuerpos,  
goteantes carnes, en la mitad del mundo  
—porque estar allí era una cósmica intemperie,  
la orfandad meridiana y absoluta:  
verse a sí mismo, desnudo ante los otros,

desnudos también ellos, devolviéndonos  
a la solar ingrimitud de ser un cuerpo  
parado allí frente a los ojos  
del escrutinio ajeno, sin la sombra  
bienhechora y cobijante del pudor:  
sólo desnudo como el Adán culpable  
con la conciencia súbita de estarlo  
en la desolación panóptica del día,  
justo en el eje de las doce en punto.  
Sí, el sol en las ventanas también era  
un ojo coherente y vertical:  
la mirada de Dios, omnividente,  
de la que deseábamos huir, sólo escapar  
para no sentir la vergüenza de ser vistos  
siempre desnudos, con el sudor manante.  
Y el agua de la ducha va cayendo  
sobre la desnudez flagrante y compartida  
y no aminora el ardor de ese Ojo vivo,  
clavado en la pulpa de ser hombre,  
ese sol sin párpados brillando  
sobre la piel empapada por el chorro  
de un gran incendio líquido.

#### Nuestros pies

chapotean en los pozos que las grietas  
del piso hacen aflorar en torno a ellos  
y un asco en flor asciende hasta la boca:  
náusea del agua corrompida que pisamos,  
de esos viscosos charcos, de la humedad  
pringosa, de olor a orina, de las losas sucias,  
asco de tanto desamparo genital

en el centro nítido del cuerpo  
mientras el paranoico estupor del mundo  
permanece acribillado de ojos y más ojos  
dentro de la totalidad de la canícula.

Íbamos por fin saliendo, uno tras otro.  
Cabeceaban los árboles. Agosto  
refulgía, preciso, en la luz densa  
que gravitaba alrededor del patio.  
El almuerzo aguardaba (la comida  
era tomada con las manos: los cubiertos  
podían significar intentos de suicidio).  
Y esa ración de cárcel en los dedos  
venía a ser otra manera, avergonzada,  
de ser siempre observados  
—ahora ridículos, asiendo  
un puñado de arroz con la torpeza  
del que no se habitúa a comerlo de ese modo—,  
en cada bocado masticando el pánico  
desnudo de Adán a mediodía  
que en el baño fue certeza sensorial, clarividencia.

## 2

Pero él no quería bañarse a la hora en que todos debíamos hacerlo. De-seaba estar bajo la ducha de acuerdo a un horario personal, imprevisible: por la mañana o por la tarde, no a las doce. ¿Cuáles motivos conducían a ese raro deseo que implicaba automáticamente indisciplina, una heterodoxia de hábitos violentando el código impuesto, normativo? Quizá era la necesidad, la urgencia de escapar, a tiempo y a destiempo, de aquel Ojo calcinante ante el cual todos estábamos desnudos, de refrescar con el ímpetu del agua esa fiebre atroz que exponía nuestra íngrima vergüenza a

la mirada de los otros, del Otro único y múltiple oteándonos allí, en caliente, escudriñándonos, examinándonos. Acaso era el llamado a sentirse permanentemente higiénico, limpio de cualquier contaminación corporal en la cual se proyectara la puntual acechanza de la culpa, la de ser —y no sólo la de estar sucio. Tal vez quería bañarse a solas, alejado de la promiscua convergencia que nos reunía a los demás alrededor del chorro, de aquel hacinamiento donde toda la privada, la íntima percepción que tiene el cuerpo de sí mismo era abolida y sacrificada al mero hecho animal de estar no ya juntos sino yuxtapuestos como en la horda y el rebaño. ¿O ese anhelo de baño no sujeto a reglamentos consistía en el ansia de instaurar un espacio individual, oxigenadamente libre —estar desnudo en el medio del agua guarda también un sentido de libertad física, plena— dentro del cual la convención, lo estatuido y la costumbre se amoldaran a los dictados vivaces del cuerpo, y no éstos a ellos, penetrando, así, en una autonomía, en una independencia insólitas?

Al enfermero le disgustó esa conducta al margen de las reglas. Blandiendo con la mano derecha el rejo que utilizaba para rubricar gestualmente su autoridad entre nosotros, una mañana sacó al muchacho —desnudo, por supuesto— de su baño personal y lo condujo al calabozo (porque había en ese caserón un calabozo) y lo encerró allí durante horas. Siempre me he preguntado lo que ese compañero sentiría en esa habitación hedionda, sin un mueble, en medio de los muros húmedos, sentado o acostado sobre el cemento helado, mirando la desleída claridad que se apelmazaba sin gracia en los cristales de un alto tragaluz, único contacto posible con el sol que, afuera, festejaba al patio, y con el viento matutino, y con el cielo absurdamente remoto a esa hora del día. Estaba desnudo el prisionero. Otra desnudez, distinta a la buscada para lavar el propio cuerpo en el agua lustral, bajo la ducha, le era ahora ofrecida dentro de aquel calabozo: la de estar sin abrigo en la gélida humedad, y la de estar excluido, siendo un réprobo.

*Un joven lo iba siguiendo, cubierto tan sólo con una  
sábana. Le echaron mano, pero él, soltando la  
sábana, se escapó desnudo.*

MC 14, 50-52

Nosotros, desnudos, en el baño  
—el baño era el resumen convergente  
de toda nuestra vida en esa casa—  
y el muchacho desnudo en su prisión  
éramos y aún somos aquel hombre  
que Marcos infiltra, subrepticio,  
en el Getsemaní de entonces y de ahora.  
¿Quién era aquel joven que seguía a Jesús  
con la carne lunar cubierta apenas  
por el único ropaje de una sábana  
en esa noche de sudor de sangre,  
de inescuchada súplica, de la traición del beso,  
de antorchas y grupos, túnicas y espadas,  
rumor de paso entre la maleza,  
amontonadas sombras al acecho,  
humillación y arresto y, al final,  
los tercos gallos del amanecer?  
¿Qué pasión inaudita puede conducir a alguien  
a salir hacia el oprobio y la amenaza,  
bajo la indiferencia universal de las estrellas  
con sólo una íngrima sábana por ropa?  
¿No había fiebre en la mente de ese joven?  
¿No obedecía su presencia allí, y su atavío,

a una conciencia distinta a la ordinaria,  
a una visión de Jesús que no cabía  
con el tácito régimen oficial: lo acostumbrado?  
Marcos señala, con exactitud, que lo seguía.  
Seguía, pues, a Jesús como un discípulo,  
como lo hacían algunos en su patria,  
como hay que hacerlo ahora, un día tras otro.  
Un discípulo era, iluminado  
por un ardor mental que lo llevaba  
a exponerse al peligro, a trastocar  
los hábitos —incluso el de vestirse como todos—,  
a autoexiliarse del lugar común  
del que la razón colectiva se alimenta  
para entregarse —únicamente con su sábana—  
al subterráneo, rebelde axioma del Proscrito,  
a la réproba lógica del envés, la cara oculta  
de lo real visto y vivido a la inversa, a contrapelo.  
Eso significaba, para él, ser un discípulo.  
Y eso significa todavía.

*se escapó desnudo*

Sólo desnudo podía huir  
de la muchedumbre ávida de sangre,  
la soldadesca insomne, la confusión  
de voces y de gritos, los empujones, los insultos,  
huir de la hora societaria de la ley  
buscando al Transgresor, al Reo de siempre.  
Su desnudez fue momentánea libertad  
para escapar de la gregaria trama  
que necesitaba a su víctima expiatoria,

al señalado eterno con la culpa  
de no ser como todos: el distinto.  
Pero no huía, no, de la Pasión.  
Estaba todo él —su presencia en el relato  
lo confirma— inscrito en la tragedia  
que la noche del jueves diseñaba  
para cualquier discípulo del Réprobo:  
lo imagino andando ahora desnudo  
primero al ras de las ortigas que en el monte  
le laceraban la piel, luego en las calles  
ante el unánime asombro de vecinos, transeúntes,  
maldiciendo acaso su impudicia, preguntándose  
de dónde vendría sin ropa a esas horas.  
Su desnudez era observada, escudriñada  
con curiosidad objetante, minuciosa.  
¿Qué sintió, desnudo, al llegar a su cuarto  
y pensar en la casa de Caifás, llena de gente?  
Quizá escuchó él también el canto de los gallos  
en la vergüenza núbil de la aurora.

Nosotros todos éramos y somos  
aquel evangélico muchacho:  
las doce del día bajo la regadera  
y la mañana en el calabozo  
configuran una única noche detenida,  
un mismo Getsemaní agónico.  
Éramos y somos, como él,  
aquellos afiebrados buscadores  
de lo que no se nos ha perdido,  
los perpetuos perplejos ante lo real,  
que para los demás es únicamente sólito

—una simple magnitud de la costumbre—, los que, merced a un privilegio padeciente, ven al mundo al revés, al colectivo desde una periferia contumaz, al hombre con el virgin sobresalto del asombro, al universo entero girando en el pavor del primer ser humano frente al fuego o la exclamación de una llanura oceánica (vivimos de atávicos terrores que los otros se escamotean a sí mismos, para estar a salvo de la estupefacción del firmamento sobre el inmóvil Jardín de los Olivos). No, nunca fue fácil vivir para nosotros. Llenos de nuestro metafísico estupor, nuestra disonancia ante la Ley, nuestra subversión vocacional, nuestra manera tangencial, oblicua, de ser miembros de la especie, nuestro seguimiento metafórico —cubiertos por una única sábana precaria en las alucinaciones, el delirio, la depresión, las fobias, la manía— de Aquél de quien se habló de esta manera: *está loco de atar, ¿por qué lo escuchan?* (Jn 10, 20) y más cruelmente todavía: *sus parientes fueron a echarle mano, porque se decía que no estaba en sus cabales* (Mc 3,21)

—La locura como metáfora e imagen del seguimiento de Jesús:

*pues la sabiduría de este mundo  
es locura para Dios (1 Cor 3,19)*

Un modo inconsciente de seguirlo  
que puede convertirse en voluntario  
si uno toma conciencia de la gracia  
que ha sido recibir la enfermedad  
como invitación a vivir de otra manera,  
con temor y temblor ante el milagro  
de existir todos los días, bajo el cielo.

Y desnudos. Estamos desnudos como el joven,  
en el baño o en mitad del calabozo  
escapados, desnudos del uso compartido  
de la razón social que exige víctimas  
y clava, desnudo, en el madero  
al que por ser diferente carga todas  
las culpas de los que son iguales  
al rasero común, a la horma idéntica.  
La locura es aquella desnudez  
a través de la cual nos escapamos  
de la cotidianidad de esa razón  
legislativa que fabrica, marginándolos,  
a los parias, los manchados, los impuros  
—fue el loco Rey Lear quien, por serlo,  
pudo sentenciar ante un Edgar confidente  
desde la desolada majestad de su delirio  
Nadie es culpable, nadie,  
digo que nadie: yo seré su fiador  
La locura como inocencia absolutoria  
que desviste a los hombres de sus culpas.

Pero esa desnudez libérrima conoce  
la paradoja de ser también la otra,  
la propia desnudez ya percibida  
como maldición al ser examinada  
por los ojos de los otros, por la pupila del Otro  
frente a la cual nos desprotege  
ese mismo estar desnudos, observados  
por la visión ajena que se llaga  
en la conciencia de sí, hasta su médula.  
Y el desnudo al que ya no le importaba  
el cómodo ropaje de la sujeción  
busca ahora, desesperadamente,  
ser vestido por la aprobación de esa mirada  
que lo escarba, esclavizándolo.  
Las dos desnudeces se entrelazan  
dentro del cuerpo único del loco.  
Y me pregunto si acaso la salud,  
la sola curación posible y deseable  
que aportan ni aprontan sanatorios  
con sus multitudinarios baños de agua fría  
y calabozos para el deseo disidente  
(¿Pensé, estando allí, en Auschwitz, en Dachau?)  
consiste en romper la trama inextricable  
que confunde la una con la otra:  
la libertad desnuda de Adán en el Jardín  
y esa misma desnudez ya avergonzada.





**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIO DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPRESA E IMPRESIÓN**

Imprenta Bicentenario de Carabobo

**ISBN**

978-980-440-082-7

**DEPÓSITO LEGAL**

DC2022000404

**CARACAS, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2022**



La presente edición de  
**ANTOLOGÍA POÉTICA**  
fue realizada  
en Caracas  
durante el mes  
de diciembre de 2022,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Antología poética** Desde la sensualidad celebratoria que se expresa en *Del mismo amor ardiendo* (1979) hasta el desgarrante desamparo de *La desnudez del loco* (2004) la poesía de Armando Rojas Guardia explora el encuentro erótico, la introspección reflexiva, la conciencia poética, el goce estético y carnal, el desasosiego, la experiencia místico-religiosa y el vivir del día a día como una forma a la vez expectante e inquiriente de hacerse el ser. Y también la locura, vivida de un modo que pareciera desdoblar la conciencia de sí en una intuición del otro experimentado como un ojo que mira, juzga, interroga, cercano a un Dios que no da consuelo. Esa travesía se puede reconstruir a través de esta antología concebida y prologada por el poeta Miguel Márquez, quien declara que su intención ha sido la de invitar al público “a que se acerque a esa voz entrañable, plena de humanidad resonante y obsequiosa; a la voz de este maestro del idioma y hermano mío, por fortuna, que me ha deparado, en no pocas ocasiones, “la brusca sensación de ser diáfanaamente feliz”.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-082-7

9 789804 400827